

EL EXAMEN DE MARIDOS

Ruiz de Alarcón

Personas que hablan en ella:

- El conde CARLOS, galán
- El MARQUÉS don Fadrique, galán
- El conde don JUAN, galán
- El conde ALBERTO, galán
- Don GUILLÉN, galán
- Don Juan de CUMÁN, galán
- La marquesa, Doña INÉS, dama
- MENCÍ, su criada
- Doña BLANCA de Herrera, dama
- CLAVELA, su criada
- OCHAVO, gracioso
- BELTRÁN, escudero viejo
- HERNANDO, lacayo
- Don FERNANDO, viejo grave

ACTO PRIMERO

*Salen Doña INÉS, de luto, y
MENCÍA*

MENCÍA: Ya que tan sola has quedado
con la muerte del Marqués
tu padre, forzoso es,
señora, tomar estado;
que en su casa has sucedido,
y una mujer principal
parece en la corte mal
sin padres y sin marido.

INÉS: Ni más puedo responderte,
ni puedo más resolver,
de que a mi padre he de ser
tan obediente en la muerte
como en la vida lo fui;
y con este justo intento
aguardo su testamento
para disponer de mí.

Sale BELTRÁN de camino

BELTRÁN:: Dame, señora, los pies.
INÉS: Vengas muy en hora buena,

Beltrán, amigo.
 BELTRÁN: La pena
 de la muerte de Marqués,
 mi señor, que esté en la gloria,
 me pesa de renovarte,
 cuando era bien apartarte
 de tan funesta memoria;
 mas cumplo lo que ordenó
 cercano al último aliento:
 en lugar de testamento
 este pliego me entregó,
 sobrescrito para ti.

Dale un pliego

INÉS: A recibirle, del pecho
 sale, en lágrimas deshecho

Abre el pliego

el corazón. Dice así:

Lee

"Antes que te cases, mira lo que haces."

MENCÍA: ¿No dice más?
 INÉS: No, Mencía.
 BELTRÁN: Su postrer disposición
 cifró toda en un renglón.
 INÉS: ¡Ay, querido padre! Fía
 que no exceda a lo que escribes
 mi obediencia un breve punto,
 y que aun después de difunto
 presente a mis ojos vives.
 Y vos, si el haber nacido
 en mi casa, y si el amor
 que del Marqués, mi señor,
 habéis, Beltrán, merecido;
 si la firme confianza
 con que en vuestra fe y lealtad
 resignó su voluntad
 aseguran mi esperanza,
 sed de mi justa intención
 el favorable instrumento,
 con que de este testamento
 disponga la ejecución.
 Sólo de vuestra verdad
 he de fiar el efeto;
 y la elección del sujeto,
 a quien de mi libertad
 entregue la posesión,
 de vos ha de proceder,
 y obligarme a resolver
 sola vuestra información.

BELTRÁN: No tengo que encarecerte
mi obligación y mi fe,
pues ellas, según se ve,
son las que pueden moverte
a hacerme tu consejero.

INÉS: Venid conmigo a saber,
Beltrán, lo que habéis de hacer;
que elegir esposo quiero
con tan atentos sentidos
y con tan curioso examen
de sus partes, que me llamen
el "examen de maridos."

***Vanse. Salen don FERNANDO y el conde
CARLOS***

FERNANDO: Pensar que sólo sois vos
dueño de su voluntad,
y, según vuestra amistad,
una alma vive en los dos,
de vos me obliga a fiar
y pedir os una cosa,
que, por ser dificultosa,
podréis vos sólo alcanzar.

CARLOS: Si como habéis entendido,
don Fernando, esa amistad,
conocéis la voluntad
con que siempre os he servido,
seguro de mí os fiáis,
pues ya, según mi afición,
sólo con la dilación
puede ser que me ofendáis.

FERNANDO: Ya pues, Conde, habréis sabido
que el Marqués a Blanca adora.

CARLOS: De vos, don Fernando, agora
solamente lo he entendido.

FERNANDO: Negaréisio como amigo
y secretario fiel
del Marqués.

CARLOS: Jamás con él
he llegado, ni él conmigo,
a que de tales secretos
partícipes nos hagamos;
o sea porque adoramos
tan soberanos sujetos,
que, con darle a la amistad
nombre de sacra y divina,
aun no la juzgamos digna
de atreverse a su deidad;
o porque el celo y rigor
de esta amistad es tan justo,
que niega culpas del gusto
y delitos del amor;
o porque de ese cuidado
vivimos libres los dos,
y en lo que os han dicho a vos
acaso os han engañado.

FERNANDO: No importa para el intento

haberlo sabido o no;
 ser así y saberlo yo
 es la causa y fundamento
 que me obligó a resolverme
 a que de vuestra amistad,
 nobleza y autoridad
 en esto venga a valerme.

Y así, supuesto, señor,
 que si el Marqués pretendiese
 que Blanca su esposa fuese,
 no me encubriera su amor,
 pues, si sus méritos son
 tan notorios, se podría
 prometer que alcanzaría
 por concierto su intención;
 de aquí arguyo que su amor
 sólo aspira a fin injusto,
 y quiere alcanzar su gusto
 con ofensa de mi honor.

Vos, pues, de cuya cordura,
 grandeza y valor confío,
 remediad el honor mío
 y corregid su locura;
 que en los dos evitaréis
 con esto el lance postrero,
 pues lo ha de hacer el acero
 si vos, Conde, no lo hacéis.

CARLOS: Fernando, bien sabéis vos
 que, por no sujeto a ley
 el amor, le pintan rey,
 niño, ciego, loco y dios.

Y así, en este caso, yo,
 si he de hablar como discreto,
 el intentarlo os prometo,
 pero el conseguirlo no;
 que por locura condeno
 que se prometa el valor
 ni poder más que el Amor,
 ni asegurar hecho ajeno.

Mas esto sólo fiad,
 pues de mí os queréis valer:
 que el Marqués ha de perder
 o su amor o mi amistad.

FERNANDO: Esa palabra me anima
 a pensar que venceréis;
 que sé lo que vos valéis
 y sé lo que él os estima.

CARLOS: No admite comparación
 nuestra amistad; mas yo sigo
 en las finezas de amigo
 las leyes de la razón:
 en esto la tenéis vos,
 y de vuestra parte estoy.

FERNANDO: Seguro con eso voy.

CARLOS: Dios os guarde.

FERNANDO: Guárdeos Dios.

**Vase don FERNANDO. Salen el MARQUÉS y
 OCHAVO**

OCHAVO: Él es un capricho extraño.

MARQUÉS: ¿Examen hace, curiosa,
de pretendientes?

OCHAVO: ¡Qué cosa
para los mozos de hogaño!

MARQUÉS: Conde...

CARLOS: Marqués...

MARQUÉS: Escuchad
el más nuevo pensamiento
que en humano entendimiento
puso la curiosidad.

CARLOS: Decid.

A OCHAVO

MARQUÉS: Vuelve a referirlo
con todas sus circunstancias.

OCHAVO: Perdonad mis ignorancias,
pues de mí queréis oírlo.

La sin igual doña INÉS,
a cuyas divinas partes
se junta ya el ser marquesa
por la muerte de su padre,
abriendo su testamento,
con resolución de darle
el cumplimiento debido
a postreras voluntades,
halló que era un pliego a ella
sobrescrito y que no trae
más que un renglón todo él,
en que le dice su padre,
"Antes que te cases, mira lo que haces."
Puso en ella este consejo
un ánimo tan constante
de ejecutarlo, que intenta
el capricho más notable
que de romanas matronas
cuentan las antigüedades.
Cuanto a lo primero, a todos,
gentilshombres y pajes
y criados de su casa,
orden ha dado inviolable
de que admitan los recados,
los papeles y mensajes
de cuantos de su hermosura
pretendieran ser galanes.
Con esto, en un blanco libro,
cuyo título es "Examen
de maridos," va poniendo
la hacienda, las calidades,
las costumbres, los defetos
y excelencias personales
de todos sus pretendientes,
conforme puede informarse

de lo que la fama dice
 y la inquisición que hace.
 Estas relaciones llama
 "consultas", y "memoriales"
 los billetes, y "recuerdos"
 los paseos y mensajes.
 Lo primero, notifica
 a todo admitido amante
 que sufra la competencia
 sin que el limpio acero saque;
 y al que por esto, o por otro
 defeto, una vez borrare
 del libro, no hay esperanza
 de que vuelva a consultarle.
 Declara que amor con ella
 no es mérito, y sólo valen,
 para obligar su albedrío,
 propias y adquiridas partes;
 de manera que ha de ser,
 quien a su gloria aspirare,
 por elección venturoso,
 y elegido por examen.

CARLOS: ¡Extraña imaginación!

MARQUÉS: ¡Paradójico dislate!

OCHAVO: ¡Caprichoso desatino!

CARLOS: (¡Ah, ingrata! ¿Qué novedades **Aparte**

inventas para ofenderme,
 y trazas para matarme?
 ¿Qué me ha de valer contigo,
 si tanto amor no me vale?
 ¿Posible es, crüel, que intentes,
 contra leyes naturales,
 que sin amor te merezcan
 y que sin celos te amen?)

MARQUÉS: Ya, con tan alta ocasión,
 imagino en los galanes
 de la corte mil mudanzas
 de costumbres y de trajes.

CARLOS: La fingida hipocresía,
 la industria, el cuidado, el arte
 a la verdad vencerán.
 Más valdrá quien más engañe.
 Ochavo, déjanos solos,
 que tengo un caso importante
 que tratar con el Marqués.

OCHAVO: Si es importante, bien haces
 en ocultarlo de mí,
 que cualquiera que fiare
 de criados su secreto,
 vendrá a arrepentirse tarde.

Vase OCHAVO

MARQUÉS: Cuidadoso espero ya
 lo que tenéis que tratarme.

CARLOS: Retóricas persuasiones
 y proemios elegantes
 para pedir, son ofensas

de las firmes amistades;
y así, es bien que brevemente
mi pensamiento os declare.
De don Fernando de Herrera
la noble y antigua sangre,
ni puede nadie ignorarla
ni ofenderla debe nadie;
y el que es mi amigo, Marqués,
no ha de decirse que hace
sinrazón, mientras un alma
ambos pechos informare.
Una de tres escoged:
o no amar a Blanca, o darle
la mano, o dejar de ser
mi amigo por ser su amante.

MARQUÉS: Primero que me resuelva
en un negocio tan grave,
los celos de mi amistad,
que al encuentro, Conde, salen,
me obligan a que averigüe
mis quejas y sus verdades.
¿Cómo, si de ajena boca
supistes que soy amante
de Blanca, no tenéis celos
de que de vos lo ocultase?

CARLOS: Porque los cuerdos amigos
tienen razón de quejarse
de que la verdad les nieguen,
mas no de que se la callen;
y así, de vuestro silencio
no he formado celos, antes
os estoy agradecido,
que presumo que el callarme
vuestra afición fue recelo
de que yo la reprobese,
porque no consienten culpas
las honradas amistades.
Y así, Marqués, resolveos
a olvidalla o a olvidarme,
que la razón siempre a mí
me ha de tener de su parte.

MARQUÉS: Puesto, Conde, que el más rudo
el imperio de Amor sabe,
con vos, que prudente sois,
no trato de disculparme.
Dar la mano a doña Blanca
no es posible, sin que pase
el mayorazgo que gozo
al más cercano en mi sangre;
que obliga de su erección
un estatuto inviolable
a que el sucesor elija
esposa de su linaje.
Yo, pues, antes de escucharos,
viendo estas dificultades,
procuraba ya remedios
de olvidarla y de mudarme;
y ha sido el mandaros vos
el mayor, pues es tan grande
mi amistad, que lo imposible

por vos me parece fácil.
 CARLOS: Supuesto que no hay finezas
 que a la vuestra se aventajen,
 os las promete a lo menos
 mi agradecimiento iguales.
 Y adiós, Marqués, porque quiero
 dar al cuidadoso padre
 de Blanca esta feliz nueva.
 MARQUÉS: Bien podéis asegurarle
 que no hará la muerte misma
 que esta palabra os quebrante.
 CARLOS: Cuando no vuestra amistad,
 me asegura vuestra sangre.

***Vanse. Salen el conde CARLOS y el conde ALBERTO,
 por una parte, y por otra el conde don JUAN***

JUAN: ¡Conde!
 ALBERTO: ¡Don Juan!
 JUAN: Con hallaros
 en esta casa me dais
 indicios de que intentáis
 de marido examinaros.
 ALBERTO: Dado que no tengo amor,
 por curiosidad deseo
 de este examen de himeneo
 ser también competidor.
 Mas lo que pensáis de mí
 por el lugar en que estoy,
 de vos presumiendo voy,
 pues también os hallo aquí.
 JUAN: Siendo en tan alta ocasión
 de méritos la contienda,
 pienso que quien no pretenda
 perderá reputación.

Sale don GUILLÉN

GUILLÉN: ¡Copiosa está de guerreros
 la estacada!
 ALBERTO: ¡Don Guillén!
 ¿Sois opositor también?
 GUILLÉN: Con tan nobles caballeros,
 si es que aspiráis a eligidos,
 fuerza es probar mi valor;
 que si es tal el vencedor,
 no es deshonra ser vencidos.
 ALBERTO: ¡Que en novedad tan extraña
 diese la Marquesa hermosa!
 GUILLÉN: Por ella será famosa
 eternamente en España.
 JUAN: Al fin, quiere voluntades
 a la usanza de Valencia;
 que sufran la competencia
 sin celos ni enemistades.
 ALBERTO: Nueva Penélope ha sido.

Sale OCHAVO

OCHAVO: (¡Plega a Dios no haya en la corte **Aparte**
algún Ulises que corte
en cierne tanto marido!)

JUAN: Beltrán sale aquí.

ALBERTO: Y él es,
según he sido informado,
el secretario y privado
de la hermosa doña Inés.

OCHAVO: Y a fe que es del tiempo vario
efecto bien peregrino
que, no siendo vizcaíno,
llegase a ser secretario.

Sale BELTRÁN

BELTRÁN: (Al cebo de doña Inés **Aparte**
pican todos, que es gran cosa
gozar de mujer hermosa
y un título de marqués)

ALBERTO: Señor Beltrán, la intención
de la Marquesa, que ha dado,
como a los pechos cuidado,
a la fama admiración,
causa el concurso que veis;

Quiere darle un papel

mis partes y calidades
son éstas, y son verdades
que presto probar podréis.

JUAN: Éste mis partes refiere.

Quiere darle otro papel

BELTRÁN: La Marquesa mi señora
saldrá de su cuarto agora;
que veros a todos quiere.

A ella dad los memoriales;
porque informarse procura
de la voz, la compostura,
y las partes personales
de cada cual por sus ojos.

OCHAVO: Es prudencia y discreción
no entregar por relación
tan soberanos despojos.

BELTRÁN: Ella sale.

Compónense todos

OCHAVO: (Gusto es vellos **Aparte**
 cuidadosos y afectados,
 compuestos y mesurados,
 alzar bigotes y cuellos.
 Parécenme propriamente,
 en sus aspectos e indicios,
 los pretendientes de oficios,
 cuando ven al Presidente.
 Mas, por Dios, que es la criada
 como un oro.)

Salen Doña INÉS y MENCÍA

MENCÍA: ¡Oye, doncella!
 ¿Qué quiere?
 OCHAVO: El amor por ella
 me ha dado una virotada.
 MENCÍA: Aun bien que hay en el lugar
 albéitares.
 OCHAVO: Pues, traidora,
 ¿tan bestia es el que te adora,
 que albéitar le ha de curar?
 ALBERTO: Puesto que el alma confiesa
 que no hay méritos humanos
 que a los vuestros soberanos
 igualen, bella Marquesa,
 si alguno ha de poseeros,
 hacer esto es competir
 con todos, no presumir
 que he de poder mereceros;
 y a este fin he reducido
 mis partes a este papel,
 humilde como fiel.

Dale un memorial

INÉS: (¡Qué retórico marido!) **Aparte**
 Yo atenderé como es justo
 a vuestros méritos, Conde.
 OCHAVO: (Como rey, por Dios, responde **Aparte**
 ella es loca de buen gusto.)
 JUAN: Yo soy, señora, don Juan
 de Guzmán. Aquí veréis

Dale un papel

lo demás, si en mí queréis
 más partes que ser Guzmán.
 INÉS: (¡Qué amante tan enflautado!) **Aparte**
 Yo lo veré.
 OCHAVO: (¡Linda cosa **Aparte**

la voz sutil y melosa
 en un hombre muy barbado!)
 GUILLÉN: Don Guillén soy de Aragón,
 que si por amor hubiera
 de mereceros, ya fuera
 mi esperanza posesión.

Dale un memorial

Éste os puede referir
 mis méritos verdaderos,
 pocos para mereceros,
 muchos para competir.
 INÉS: (¡Qué meditada oración!) **Aparte**
 Yo veré el papel.
 OCHAVO: (¡Qué bien **Aparte**
 trajo el culto don Guillén
 la tal contraposición!)
 INÉS: Con vuestra licencia, quiero
 retirarme.
 ALBERTO: Loco estoy.

Vase

JUAN: Libre vine y preso voy.

Vase

GUILLÉN: Por vos vivo y sin vos muero.

Vase

INÉS: Tened esos memoriales.

Dalos a BELTRÁN

Mas, ¿qué busca este mancebo?
 OCHAVO: Por ver capricho tan nuevo
 me atreví a vuestros umbrales;
 y aunque de esta mocedad
 y paradójico intento
 os alabe el pensamiento,
 tengo una dificultad,
 y es que en vuestros pretensores
 me han dicho que examináis
 lo visible, y no tratáis
 de las partes interiores,
 en que muchas veces vi
 disimulados engaños,
 que causan mayores daños

al matrimonio; y así
 quiero saber qué invención
 o industria pensáis tener,
 o qué examen ha de haber
 para su averiguación.

INÉS: ¿No hay remedio?

OCHAVO: Uno de dos
 en dificultad tan nueva:
 recibir la causa a prueba,
 o encomendárselo a Dios.

INÉS: De buen gusto es la advertencia.

¿Queréis otra cosa aquí?

OCHAVO: Un nuevo amante, por mí,
 Marquesa, os pide licencia
 para veros e informaros
 de sus méritos; que puesto
 que a todos la dais, en esto
 quiere también obligaros.

INÉS: ¿Quién es?

OCHAVO: Señora, el Marqués
 vuestro deudo.

INÉS: Ya ha ofendido
 su valor, pues ha pedido
 lo que a todos común es.

OCHAVO: Tiene el ser desconfiado
 de discreto; y le parece,
 Marquesa, que aun no merece
 ser de vos examinado.

INÉS: Pues yo no sólo le doy
 licencia, pero juzgara
 por agravio que no honrara
 el examen.

OCHAVO: Pues yo voy
 con nueva tan venturosa;
 y tanto vos lo seáis,
 pues cual sabia examináis,
 que no elijáis como hermosa.

Vanse doña INÉS y BELTRÁN

Y tú, enemiga, haz también
 un examen; y si acaso
 te merezco, pues me abraso,
 trueca en favor el desdén.

MENCÍA: ¿Bebe?

OCHAVO: Bebo.

MENCÍA: ¿Vino?

OCHAVO: Puro.

MENCÍA: Pues ya queda reprobado;
 que yo quiero esposo aguado.

Vase

OCHAVO: ¡Escucha! En vano procuro
 detenerla. ¡Bueno quedo!
 ¡Vive Dios, que estoy herido!

Pero si mi culpa ha sido
 beberlo puro, bien puedo
 no quedar desesperado.
 Aguado soy, que aunque puro
 siempre beberlo procuro,
 siempre al fin lo bebo aguado,
 pues todo, por nuestro mal,
 antes de salir del cuero,
 en el Adán tabernero
 peca en agua original.

Vase. Salen doña BLANCA Y CLAVELA con mantos

CLAVELA: Pienso que no te está bien
 mostrar al Marqués amor,
 porque es la contra mejor,
 de un desdén, otro desdén.
 Si su mudanza recelas,
 tu firmeza te destruye,
 porque al amante que huye,
 seguirle es ponerle espuelas.

BLANCA: Ya que pierdo la esperanza
 que tan segura tenía,
 saber al menos querría
 la ocasión de su mudanza;
 y por esto le he citado,
 sin declararle quién soy,
 para el sitio donde estoy.

CLAVELA: Él vendrá bien descuidado
 de que eres tú quien le llama.

Salen el MARQUÉS y OCHAVO, por otra parte

OCHAVO: Su hermosura y su intención
 son tan nuevas, que ya son
 la fábula de la Fama;
 y al fin, no sólo te ha dado
 la licencia que has pedido,
 pero se hubiera ofendido
 de que no hubieras honrado
 el concurso generoso
 que al examen se le ofrece.

MARQUÉS: Locura, por Dios, parece
 su intento; mas ya es forzoso
 seguir a todos en eso.

OCHAVO: Un aguacero cayó
 en un lugar, que privó
 a cuantos mojó, de seso;
 y un sabio, que por ventura
 se escapó del aguacero,
 viendo que al lugar entero
 era común la locura,
 mojóse y enloqueció,
 diciendo, "En esto, ¿qué pierdo?"

Aquí, donde nadie es cuerdo,
¿para qué he de serio yo?"

Así agora no se excusa,
supuesto que a todos ves
examinarse, que des
en seguir lo que se usa.

MARQUÉS: Bien dices, que era el no hacerlo
dar al mundo qué decir.
Pero quiérote advertir
de que nadie ha de entenderlo
hasta salir vencedor;
porque si quedo vencido,
no quiero quedar corrido.

OCHAVO: Mármol soy.

MARQUÉS: Este temor
me obliga así a recatar,
aunque mi pecho confía
que doña Inés será mía
si me llevo a examinar.

BLANCA: ¿Que doña Inés será vuestra,
si a examinaros llegáis?

MARQUÉS: ¡Oh Blanca! ¿Vos me escucháis?

BLANCA: Quien tanta inconstancia muestra
como vos, ¿tiene esperanza
de que saldrá vencedor,
siendo el defecto mayor
en un hombre la mudanza?
¿De qué os admiráis? Yo fui,
yo fui la que os he llamado,
viendo que con tal cuidado
andáis huyendo de mí,
para saber la ocasión
que os he dado, o vos tomáis,
para que así me rompáis
tan precisa obligación;
y de vuestros mismos labios,
antes que os la preguntara,
quiso el cielo que escuchara
la ocasión de mis agravios.

MARQUÉS: Blanca, no te desenfrenes;
escucha atenta primero
mi disculpa, y después quiero
que, si es razón, me condenes.

Cuando empezó mi deseo
a mostrar que en ti vivía,
ni aun la esperanza tenía
del estado que hoy poseo.

Entonces tú, como a pobre,
te mostraste siempre dura;
que el oro de tu hermosura
no se dignaba del cobre.

Heredé por suerte; y luego,
o fuese ambición o amor,
mostraste a mi ciego ardor
correspondencias de fuego.

Mas la herencia, que la gloria
me dio de tu vencimiento,
fue también impedimento
para gozar la vitoria;
porque estoy, Blanca, obligado

a dar la mano a mujer
de mi linaje, o perder
la posesión del estado.

Esta ocasión me desvía
de ti pues, según arguyo,
ni rico puedo ser tuyo,
ni pobre quieres ser mía.

Perdida, pues, tu esperanza,
si otra doy en celebrar,
es divertirme, no amar;
es remedio, no mudanza.

Así que, a no poder más,
mudo intento; si pudieras,
haz lo mismo; que si quieres,
mujer eres, y podrás.

Vase

BLANCA: ¡Oye!

CLAVELA: Alas lleva en los pies.

OCHAVO: (¡Cielos, haced que algún día
pueda yo hacer con Mencía
lo que con Blanca el Marqués!) **Aparte**

Vase

BLANCA: Desesperada esperanza,
el loco intento mudad,
y de ofendida apelad
del amor a la venganza.

¡Por los cielos, inconstante,
ya que tu agravio me obliga,
que has de llorarme enemiga,
pues no me estimas amante!

¡A tus gustos, tus intentos,
tus fines, me he de oponer!
¡Seré verdugo al nacer
de tus mismos pensamientos!

CLAVELA: De cólera estás perdida;
loca te tiene el despecho.

BLANCA: ¡Sierpes apacienta el pecho
de una mujer ofendida!

Vanse. Sale el conde don JUAN

JUAN: De tus ojos salgo ciego
y abrasado, Inés hermosa,
cual la incauta mariposa
busca luz y encuentra fuego.

Sale el conde CARLOS

CARLOS: (¿Aquí está el conde don Juan? **Aparte**
 ¡Todo el infierno arde en mí!)
 Conde, de hallaros aquí
 ciertas sospechas me dan
 de que pretendéis entrar
 en el examen.

JUAN: Pues ¿quién
 no aspira a tan alto bien,
 sí méritos lo han de dar?

CARLOS: Quien supiere que a la bella
 Inés ha un siglo que quiere
 Carlos.

JUAN: Si quien lo supiere,
 Conde, no ha de pretendella,
 de esa obligación me hallo
 con justa causa excluido,
 porque nunca lo he sabido.

CARLOS: ¿No basta, pues, escuchallo
 aquí de mí, si hasta agora
 la he servido con secreto,
 justo y forzoso respeto
 del que estima a la que adora?

JUAN: No basta a quien se ha empeñado
 sin saberlo: a no empezar
 podéis con eso obligar;
 mas no a dejar lo empezado.

CARLOS: Esta espada sabrá hacer
 que sobre decirlo yo
 para dejarlo.

JUAN: Y que no
 ésta sabrá defender;
 y esto en el campo, no aquí;
 que es sagrado este lugar.

CARLOS: Allá os espero mostrar
 el valor que vive en mí.

Sale doña INÉS

INÉS: ¿Qué es esto? Conde don Juan,
 conde Carlos, ¿dónde vais?

CARLOS: Solamente a que entendáis
 los excesos a que dan
 ocasión vuestros antojos.
 Venid.

JUAN: Vamos.

INÉS: ¡Detenéos,
 que mal logrará deseos
 quien obliga con enojos!
 Sabiendo que es lo primero
 que he advertido en este examen
 que no ha de entrar en certamen
 quien por mí saque el acero,
 ¿cómo aquí con ofenderme,
 queréis los dos obligarme,
 pues que pretendéis ganarme
 con el medio de perderme?
 El fin de esta pretensión
 ¿consiste en vuestro albedrío?

¿Es vuestro gusto, o el mío,
quien ha de hacer la elección?
Sufra, pues, quien alcanzarme
procure, la competencia,
o confiese en mi presencia
que no pretende obligarme.

JUAN: No hay más ley que vuestro gusto
para mi abrasado pecho.

CARLOS: Y yo, Inés, aunque a despecho
de un agravio tan injusto
como recibo de vos,
me dispongo a obedeceros.

INÉS: De no sacar los aceros
me dad palabra los dos.

CARLOS: Yo por serviros la doy.

JUAN: Yo la doy por obligaros;
que a morir, por no enojaros,
dispuesto, señora, estoy.

Vase el conde don JUAN

CARLOS: ¡Ah, Marquesa! ¡A Dios pluguiera,
pues os cansa el amor mío,
fuese mío mi albedrío
para que no os ofendiera!
¡Pluguiera a Dios que pudiera
poner freno a mis pasiones
el ver vuestras sinrazones!
Que cuando el amor es furia,
los golpes que da la injuria
rematan más las prisiones.
Apaga el cierzo violento
llama que empieza a nacer;
mas en llegando a crecer,
le aumenta fuerzas el viento.
Ya estaba en mi pensamiento
apoderado el furor
de vuestro amoroso ardor;
y a quien llega a estar tan ciego,
cada agravio da más fuego,
cada desdén, más amor.

INÉS: Basta, Conde; que llenáis
de vanas quejas el viento,
si de vuestro sentimiento
la ocasión no declaráis.
¿De qué agravios me acusáis?

CARLOS: El preguntarlo es mayor
ofensa y nuevo rigor,
pues para que os disculpéis
de vuestro error, os hacéis
ignorante de mi amor.
¿Podéisme negar acaso
que dos veces cubrió el suelo
tierna flor y duro hielo
después que por vos me abraso?
El fiero dolor que paso
por vuestros ricos despojos,
aunque a encubrir mis enojos

el recato me ha obligado,
¿no os lo ha dicho mi cuidado
con la lengua de mis ojos?

¿No han sido mi claro oriente
vuestros balcones, y han visto
que ha dos arios que conquisto
su hielo con fuego ardiente?
Si os amé tan cautamente,
que apenas habéis sabido
vos misma que os he querido,
ésa es fineza mayor,
pues, muriendo, vuestro honor
a mi vida he preferido.

Pues cuando, tras esto, dais
licencia a nuevos cuidados,
para ser examinados
porque el más digno elijáis,
¿cómo, decid, preguntáis
a un despreciado y celoso
de qué se muestra quejoso?
Cuando por amante no,
por mí ¿no merezco yo
ser con vos más venturoso?

INÉS: Negarlo fuera ofenderos;

pero vos me disculpáis,
y con lo que me acusáis
pienso yo satisfaceros.
Si entre tantos caballeros
como al examen se ofrecen
vuestras partes os parecen
dignas de ser preferidas,
ellas serán elegidas,
si más que todas merecen.

Mas si acaso el propio amor
os engaña, y otro amante,
aunque menos arrogante,
en partes es superior,
ni es ofensa ni es error,
si en mi provecho me agrada,
de vuestro daño olvidada,
que el que es más digno me venza;
que de sí misma comienza
la caridad ordenada.

CARLOS: Y de amar vuestra beldad

¿cuáles los méritos son?

INÉS: Amar por inclinación

es propia comodidad.
Si presa la voluntad
del deseo, se fatiga
porque el deleite consiga,
del bien que pretende nace;
y quien su negocio hace,
a nadie con él obliga.

Demás que, si amarme fuera
conmigo merecimiento,
no sólo vuestro tormento
obligada me tuviera;
que no tantos en la esfera
leves átomos se miran,
ni en cuanto los rayos giran

del sol claro arenas doran,
cuantos más que vos me adoran,
que menos que vos suspiran.

Pero, supuesto que amarme
no me obliga, imaginad
que cumplir mi voluntad
es el modo de obligarme.
El más digno ha de alcanzarme;
si vuestros méritos claros
esperan aventajaros,
en obligación me estáis,
pues por una que intentáis,
dos vitorias quiero daros.

Corta hazaña es por amor
conquistar una mujer;
ilustre vitoria es ser
por méritos vencedor.
De mí os ha de hacer señor
la elección, no la ventura.
Si no os parece cordura
el nuevo intento que veis,
al menos no negaréis
que es de honrada esta locura.

CARLOS: En fin, ¿que en vano porfío
disuadiros ese intento?

INÉS: Antes que mi pensamiento,
se mudará el norte frío.

CARLOS: Pues yo de todos confío
ser por partes vencedor;
mas ved que en tan ciego amor
mis sentidos abrasáis,
que si en la elección erráis,
no he de sufrir el error.

Mirad cómo os resolvéis,
y advertid bien, si a mí no,
que merezca más que yo
a quien vuestra mano deis;
pues como vos proponéis
que vencer, para venceros,
tantos nobles caballeros,
son dos tan altas vitorias,
son dos afrentas notorias
las que recibo en perderos.

Yo entrenaré mi pasión
si es más digno el más dichoso,
obediente al imperioso
dictamen de la razón;
pero siendo en la elección
vos errada y yo ofendido,
¡vive Dios que al preferido
ha de hacer mi furia ardiente
teatro de delincuente
deL tálamo de marido!

INÉS: Pensad que si no vencéis,
no habéis de quedar quejoso;
que será tal, el dichoso,
que vos mismo lo aprobéis.

CARLOS: Cumplid lo que prometéis.

INÉS: Tal examen he de hacer,
que a todos dé, al escoger,

qué envidiar, no qué culpar.
 CARLOS: Pues, Inés, a examinar.
 INÉS: Pues, Carlos, a merecer.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Salen BLANCA: y CLAVELA: con mantos

BLANCA: Yo la he de ver, y estorbar
 cuanto pueda su esperanza;
 que el amor pide venganza
 si llega a desesperar;
 y pues no me vio jamás
 la Marquesa, cierta voy
 de que no sabrá quién soy.
 CLAVELA: Resuelta, señora, estás,
 y no quiero aconsejarte.
 BLANCA: Ella sale.
 CLAVELA: Hermosa es:
 con razón la luz que ves
 puede en celos abrasarte.
 BLANCA: Cúbrete el rostro, y advierte
 que los enredos que emprendo
 van perdidos, en pudiendo
 este viejo conocerte.

Salen INÉS y BELTRÁN

BELTRÁN: Ya del marqués don Fadrique
 el memorial he pasado;
 y si verdad ha informado,
 no dudo que se publique
 por su parte la vitoria.
 INÉS: Pues, Beltrán, con brevedad
 de lo cierto os informad,
 porque es ventaja notoria
 la que en sus méritos veo,
 y si verdaderos son,
 mi sangre o mi inclinación
 facilitan su deseo.
 BELTRÁN: Él es tu deudo; y, por Dios,
 que fuera bien que se unieran
 vuestras dos casas, e hicieran
 un rico estado los dos.

Doña BLANCA habla aparte con CLAVELA

BLANCA: Primero el fin de tus años,
caduco enemigo, veas.
CLAVELA: La ocasión es que deseas.
BLANCA: Comiencen, pues, mis engaños,
y advierte bien el rodeo
con que mi industria la obliga
a rogarme que la diga
lo que decirle deseo.

Alto

No vengo a mala ocasión,
cuando de bodas tratáis,
pues feliz anuncio dais
con eso a mi pretensión.
INÉS: ¿Quién sois y qué pretendéis?
BLANCA: Soy, señora, una criada
de una mujer desdichada,
que por dicha conocéis.
Lo que pretendo es mostraros
joyas de hechura y valor,
con que pueda el resplandor
del mismo sol envidiaros.
Tratado su casamiento,
las previno mi señora;
y habiendo perdido agora,
con la esperanza, el intento
de ese estado, determina
tomar el de religión;
y viendo que la ocasión
de casaros se avecina,
según publica la fama,
me mandó que os las trajese,
porque, si entre ellas hubiese
alguna que de tal dama
mereciese por ventura
ser para suya estimada,
por el valor apreciada,
aunque pierda de la hechura
mucho parte, la compréis.
INÉS: Las joyas, pues, me mostrad.

Saca una cajeta de joyas

BLANCA: Su curiosa novedad
pienso que codiciaréis.
De diamantes jaquelados
es ésta.
INÉS: No he visto yo
mejor cosa.
BLANCA: Ésa costó
mil y quinientos ducados.
Pero ved estos diamantes
al tope.

- INÉS: La joya es bella:
 el cielo no tiene estrella
 que dé rayos más brillantes.
- BLANCA: Con más razón esta rosa,
 esmaltada en limpio acero,
 compararéis al lucero.
- INÉS: Venus es menos hermosa.
 Quien tales joyas alcanza
 muy rica debe de ser.
- BLANCA: Tanto, que por no perder
 de una mano la esperanza,
 las diera en albricias todas;
 y sé que le pareciera
 corto exceso a quien supiera
 con quién trataba sus bodas.
 Mas son pláticas perdidas.
 De lo que importa tratemos.
- CLAVELA: (¡Por qué sutiles extremos **Aparte**
 busca el medio a sus heridas!)
- INÉS: Ya de curiosa me incito
 a saber quién fue el ingrato;
 que vuestro mismo recato
 me despierta el apetito.
- CLAVELA: (Ya están conformes las dos.) **Aparte**
- BLANCA: Si saberlo os importara,
 Marquesa hermosa, fíara
 más graves cosas de vos.
- INÉS: A quien trata de casarse
 y a quien, como ya sabréis,
 hace el examen que veis,
 temerosa de emplearse
 en quien, como el escarmiento
 lo ha mostrado, si se arroja,
 a la vuelta de la hoja
 halle el arrepentimiento,
 ¿no importa saber con quién
 quiso esa dama casarse,
 y para no efetuarse
 la causa que hubo también?
 Si, como me certifica
 vuestra misma lengua agora,
 la que tenéis por señora
 es tan principal y rica,
 ¿presumís que entre los buenos
 que opuestos agora están
 a mi mano, ese galán
 que ella quiso valga menos?
 ¿Quién duda sino que está
 a este mi examen propuesto
 él también? Pues, según esto,
 no poco me importará
 saber quién fue, y cuál ha sido
 tan poderosa ocasión
 que el efeto a la afición
 de esa dama haya impedido.
 Decídmelo, por mi vida,
 y fíad que me tendréis,
 si esta lisonja me hacéis,
 mientras viva, agradecida.
- BLANCA: Si he de hacerlo, habéis de dar

la palabra de j secreto.
 INÉS: Como quien soy lo prometo.
 BLANCA: Solas hemos de quedar.

A BELTRÁN

INÉS: Dejadnos solas.
 BELTRÁN: (Quien fia **Aparte**
 secretos a una mujer
 con red intenta prender
 las aguas que el Nilo envía.)

A CLAVELA

BLANCA: La industria verás agora
 con que la obligo a querer
 al Conde, y a aborrecer
 al Marqués, si ya lo adora.)

Vase BELTRÁN y habla desde el paño

BELTRÁN: Pues nada encubre de mí,
 los secretos que después
 me ha de contar Doña Inés
 quiero escuchar desde aquí.)

INÉS: Ya estamos solas.
 BLANCA: Marquesa,
 a quien haga más dichosa
 el cielo que a la infeliz
 de quien refiero la historia,
 sabed que ese Conde Carlos,
 ése cuya fama asombra
 con los rayos de su espada
 las regiones más remotas,
 ese Narciso en la paz,
 que por sus partes hermosas
 es de todos envidiado,
 como adorado de todas,
 en esta dama, de quien
 oculta el nombre mi boca,
 por obedecerla a ella
 y porque a vos no os importa,
 puso, más ha de tres años,
 la dulce vista engañosa,
 pues a sus mudas palabras
 no corresponden las obras.
 Miró, sirvió y obligó,
 porque son muy poderosas
 diligencias sobre partes,
 que solas por sí enamoran.
 Al fin, en amor iguales
 y en méritos, se conforman,

que si él es galán Adonis,
es ella Venus hermosa;
y porque a penas ardientes
dichoso término pongan,
declarados sus intentos,
alegres tratan sus bodas.
Entonces ella previno
éstas y otras ricas joyas,
como hermosas desdichadas,
malquistas como curiosas;
y cuando ya de Himeneo
el nupcial coturno adorna
el pie, y en la mano Juno
muestra la encendida antorcha;
cuando ya, ya al dulce efeto
falta la palabra sola
que eternas obligaciones
en breve sílaba otorga,
al Conde le sobrevino
una fiebre, si engañosa,
su mudanza lo publica,
su ingratitude lo pregonas;
pues desde entonces, fingiendo
ocasiones dilatorias,
descuidadas remisiones
y tibiezas cuidadosas,
vino por claros indicios
a conocerse que sola
su mudada voluntad
los desposorios estorba.
Ella, del desdén sentida
y de la afrenta rabiosa,
pues hechos ya los conciertos,
quien se retira deshonra,
llegó por cautas espías
a saber que el Conde adora
otra más dichosa dama;
no sé yo si más hermosa,
porque con tanto secreto
su nuevo dueño enamora,
que viendo todos la flecha,
no hay quien la aljaba conozca.
Con esto, su cuerdo padre,
por consolar sus congojas,
a las bodas del Marqués
don Fadrique la conhorta;
mas cuando de su nobleza
y de sus partes heroicas
iban nuevas impresiones
borrando antiguas memorias,
vino a saber del Marqués
ciertas faltas mi señora,
para en marido insufribles,
para en galán fastidiosas;
y aunque parezca indecente
el referirlas mi boca,
y esté, de que han de ofenderos
los oídos, temerosa,
el secreto y el deseo
de serviros, y estar solas

aquí las tres, da disculpa
 a mi lengua licenciosa.
 Tiene el Marqués una fuente,
 remedio que necios toman,
 pues para sanar enferman,
 y curan una con otra.
 Tras esto, es fama también
 que su mal aliento enoja,
 y fastidia más de cerca
 que él de lejos enamora;
 y afirman los que le tratan
 que es libre y es jactancioso
 su lengua, y jamás se ha visto
 una verdad en su boca.
 Pues como en el verde abril
 marchita el helado Bóreas
 las flores recién nacidas,
 las recién formadas hojas,
 así mí dueño, al instante
 que de estas faltas la informan,
 del amor en embrión
 el nuevo concepto aborta;
 y con la misma violencia
 que al arco la cuerda torna,
 cuando, de membrado brazo
 disparada, el viento azota,
 de su Conde Carlos vuelve
 a abrasarse en las memorias,
 sus perfecciones estima
 y sus desdenes adora.
 Mas viendo, al fin, su deseo
 imposible la vitoria,
 pues son, cuando amor declina,
 las diligencias dañosas,
 despechada, muda intento,
 y la deseada gloria
 que no ha merecido deja
 a otra mano más dichosa;
 pues podrá quien goce al Conde
 alabarse de que goza
 el marido más bizarro
 que ha celebrado la Europa.

INÉS: Cuanto puedo os agradezco
 la relación de la historia;
 y a fe que me ha enternecido
 la tragedia lastimosa
 que en sus amantes deseos
 ha tenido esa señora.

BLANCA: Tenéis, al fin, sangre noble.
 Mas, ¿qué decís de las joyas?

INÉS: Que me agradan, mas quisiera,
 para tratar de la compra,
 que un oficial las aprecie.

BLANCA: No puedo aguardar agora;
 si gustáis, volveré a veros.

INÉS: Será para mí lisonja;
 que vos no me enamoráis
 menos que ellas me aficionan.

BLANCA: A veros vendré mil veces,
 por ser mil veces dichosa.

Aparte doña BLANCA y CLAVELA

CLAVELA: Bien se ordena tu venganza.

BLANCA: Ya he sembrado la discordia.
Pues soy despreciada Juno,
¡muera Paris y arda Troya!

Vanse las dos

INÉS: ¡Hola Beltrán!

BELTRÁN: ¿Qué me quieres,
señora?

INÉS: Al punto partid,
y con recato seguid,
Beltrán, esas dos mujeres.
Sabed su casa, y de suerte
el seguirlas ha de ser,
que ellas no lo han de entender.

BELTRÁN: Voy, señora, a obedecerte;
y fía de mi cuidado
que lo que te han referido
averigüe; que escondido
su relación he escuchado.

Vase

INÉS: Hasta agora, ciego Amor,
libre entendí que vivía.
Ni tus prisiones sentía,
ni me inquietaba tu ardor.

Pero ya, ¡triste!, presumo
que la libertad perdí;
que el fuego escondido en mí
se conoce por el humo.

Causóme pena escuchar
los defetos del Marqués,
y de amor sin duda es
claro indicio este pesar.

Cierto está que es de quererle
este efeto, pues sentí
las faltas que dél oí
como ocasión de perderle.

Presto he pagado el delito
de seguir mi inclinación
y de hacer en la elección
consejero al apetito.

No más Amor; que no es justo
tras tal escarmiento errar;
esposo, al fin, me ha de dar
el examen, y no el gusto.

Sale el MARQUÉS

MARQUÉS: (Corazón, ¿de qué os turbáis? **Aparte**

¿Qué alboroto, qué temor
os ocupa? Ya de amor
señales notorias dais.

¿Quién creyera tal mudanza?
Pero, ¿quién no la creyera,
si la nueva causa viera
de mi dichosa esperanza?

Perdona, Blanca, si sientes
ver que a nueva gloria aspiro;
que en Inés ventajas miro,
y en ti miro inconvenientes.)

Mi dicha, Marquesa hermosa,
ostenta ya, con entrar
a veros sin avisar,
licencias de vitoriosa;
que le ha dado a mi esperanza,
para tan osado intento,
el amar, atrevimiento,
y el merecer, confianza.

INÉS: (Ya empiezo a verificar **Aparte**

los defetos que he escuchado,
pues a hablar no ha comenzado,
y ya se empieza a alabar.)

Mirad que no es de prudentes
la propria satisfacción,
y más donde tantos son
de mi mano pretendientes;
y quien con tal osadía
presume, o es muy perfeto,
o si tiene algún defeto,
en que es oculto se fia;
y es acción poco discreta
estar en eso fiado,
que a la envidia y al cuidado,
Marqués, no hay cosa secreta.

MARQUÉS: Bien me puede haber mentido

mi proprio amor lisonjero;
pero yo mismo, primero
que fuese tan atrevido,
me examiné con rigor
de enemigo, y he juzgado
que puede estar confiado,
más que el de todos, mi amor.

De mi sangre no podéis
negarme, Inés, que confía
con causa, pues es la mía
la misma que vos tenéis.

De mi persona y mi edad,
si pesa a mis enemigos,
vuestros ojos son testigos.
No mendigáis la verdad.

En la hacienda y el estado
ilustre en que he sucedido,
de ninguno soy vencido,
si soy de alguno igualado.

Mis costumbres, yo no digo
que son santas, mas al menos

son tales, que los más buenos
me procuran por amigo.

De mi ingenio no publica
mi lengua la estimación;
dígalo la emulación,
que ofendiendo califica.

Pues en gracias naturales
y adquiridas, decir puedo
que los pocos que no excedo
se jactan de serme iguales.

En las armas sabe el mundo
mi destreza y mi pujanza.
Hable el segundo Carranza,
el Narváez sin segundo.

Si canto, suspendo el viento;
si danzo, cada mudanza
hace, para su alabanza,
corto el encarecimiento.

Nadie es más airoso a pie;
que, puesto que del andar
es contrapunto el danzar,
por consecuencia se ve,

si en contrapunto soy diestro,
que lo seré en canto llano.

Pues a caballo, no en vano
me conocen por maestro

de ambas sillas los más sabios,
pues al más zaino animal
trueco en sujeción leal
los indómitos resabios.

En los toros, ¿quién ha sido
a esperar más reportado?
¿Quién a herir más acertado,
y a embestir más atrevido?

¿A cuántos, ya que el rejón
rompí y empuñé la espada,
partí de una cuchillada
por la cruz el corazón?

Tras esto, de que la fama,
como sabéis, es testigo,
sé callar al más amigo
mis secretos y mi dama,

y soy--que esto es lo más nuevo
en los de mi calidad--
amigo de la verdad
y de pagar lo que debo.

Ved, pues, señora, si puedo
con segura presunción
perder en mi pretensión
a mis contrarios el miedo.

INÉS: (¡Qué altivo y presuntuoso! **Aparte**

¡Qué confiado y lozano
os mostráis, Marqués! No en vano
dicen que sois jactancioso.)

Bien fundan sus esperanzas
vuestros nobles pensamientos
en tantos merecimientos;
mas a vuestras alabanzas
y a las partes que alegáis,

hallo una falta, Marqués,
que no negaréis.

MARQUÉS: ¿Cuál es?

INÉS: Ser vos quien las publicáis.

MARQUÉS: Regla es que en la propia boca

la alabanza se envilece;
mas aquí excepción padece,
pues a quien se opone toca
sus méritos publicar,
por costumbre permitida;
que mal, si sois pretendida
de tantos, puedo esperar
que los mismos, que atrevidos
a vuestra gloria se oponen,
mis calidades pregonen,
si está en eso ser vencidos.

Decirlas yo es proponer,
es relación, no alabanza;
alegación, no probanza,
que ésa vos la habéis de hacer.

Hacelda; y si fuere ajeno
un punto de la verdad,
a perder vuestra beldad
desde agora me condeno.

INÉS: Mucho os habéis arrojado.

MARQUÉS: La verdad es quien me alienta.

INÉS: (¿Cómo puede ser que mienta **Aparte**
quien habla tan confiado?

¡Cielos santos! ¿Es posible
que tales faltas esconda
tal talle, y no corresponda
lo secreto a lo visible?)

Tales los méritos son
que alegáis vos, y yo veo,
que si, como ya deseo
y espero, la relación
verifica la probanza
que rigurosa he de hacer,
desde aquí os doy de vencer
seguridad, no esperanza;
porque inclinada me siento,
si os digo verdad, Marqués,
a vuestra persona.

MARQUÉS: Ése es
mi mayor merecimiento.

¿Qué más plena información
de méritos puedo hacer,
señora, que merecer
tan divina inclinación?

Si en ése que tú me das,
Marquesa, a todos excedo,
está cierta que no puedo
ser vencido en los demás.

Sale BELTRÁN

BELTRÁN: Llegada es ya la ocasión
en que es forzoso probarlos.

MARQUÉS: Beltrán, ¿cómo?

BELTRÁN: El Conde Carlos,
con la misma pretensión,
ha publicado, en servicio
de la Marquesa, un cartel,
y desafía por él
a todo ilustre ejercicio
de letras y armas a cuantos
al examen se han opuesto.

MARQUÉS: (¡El Conde! ¡Cielos! ¿Qué es esto? **Aparte**

El Conde sólo, entre tantos
amantes, basta conmigo
a obligarme a desistir;
que no es justo competir
con tan verdadero amigo.

Mas ya por opositor
al examen me he ofrecido,
y nadie creerá que ha sido
la amistad, sino el temor,
el que muda mi intención.

Pues, amigo, perdonad,
si prefiero a la amistad
las aras de la opinión.)

INÉS: Marqués, parece que os pesa
y que os han arrepentido
las nuevas que habéis oído.

MARQUÉS: Lo dicho, dicho, Marquesa.

La suspensión que habéis visto
nació de que amigo soy
del Conde; mas ya que estoy
declarado, si desisto,
lo podrá la emulación
a temor atribuir;
y es forzoso preferir
a la amistad la opinión;
demás que vuestra beldad
es mi disculpa mayor,
si por las leyes de amor
quebranto las de amistad.

INÉS: Pues bien es que comencéis
a vencer, yo a examinar;
aunque no pienso buscar,
si al Conde Carlos vencéis,
otra probanza mayor.

MARQUÉS: Si vos estáis de mi parte,
ni temo en la guerra a Marte,
ni en la paz al dios de amor.

Habla aparte a BELTRÁN

INÉS: ¿Habéis sabido, Beltrán,
la casa?

BELTRÁN: Ya la he sabido.

INÉS: ¡Oh, cielos! ¡Hayan mentido
nuevas que tan mal me están!
¡Que las señales desmienten
defetos tan desiguales!

BELTRÁN: No des crédito a señales,

si las dej; Marqués te mienten.

Vanse

MARQUÉS: ¿De una vista, niño ciego,
dejas un alma rendida?
¿De una flecha, tanta herida
y de un rayo, tanto fuego?
¡Loco estoy! Ni resistir
ni desistir puedo ya;
todo mi remedio está
sólo en vencer o morir.

Sale el conde CARLOS

CARLOS: Marqués amigo, ¿sabéis
el cartel que he publicado?
MARQUÉS: Y me cuesta más cuidado
del que imaginar podéis.
CARLOS: ¿Por qué?
MARQUÉS: En vuestro desafío
tenéis por opositor
a vuestro amigo el mayor.
CARLOS: El mayor amigo mío
sois vos, Marqués.
MARQUÉS: Pues yo soy.
CARLOS: ¿Qué decís?
MARQUÉS: Cuanto me pesa
sabe Dios. Con la Marquesa
declarado, Conde, estoy;
después de estarlo he tenido
nuevas de vuestra intención;
sí, salvando mi opinión
y sin que entiendan que ha sido
el desistir cobardía,
puedo hacerlo, vos el modo
trazad, pues siempre es en todo
vuestra voluntad la mía;
que, pues por vos he olvidado,
tras de dos años de amor,
a doña Blanca, mejor
de este tan nuevo cuidado
se libraré el alma mía;
aunque, si el pecho os confiesa
lo que siente, la Marquesa
ha encendido en sólo un día
más fuego en mi corazón
que doña Blanca en dos años.
Mas libradme de los daños
que amenazan mi opinión
si desisto de este intento,
y veréis si mi amistad
tropieza en dificultad
o repara en sentimiento.
CARLOS: Culpados somos los dos,
Marqués, igualmente aquí;

que el recataros de mí
y el recatarme de vos
en esto, nos ha traído
a lance tan apretado;
que uno y otro está obligado
a acabar lo que ha emprendido.

MARQUÉS: Yo no soy culpado en eso;
que no quise publicar
mi intento por no quedar
corrido de mal suceso;
y con esta prevención,
que pienso que fue prudente,
a doña Inés solamente
declaré mi pretensión.

Y sabe Dios que mi intento
fue quererme divertir
de doña Blanca y cumplir
vuestro justo mandamiento.

Y el cielo, Conde, es testigo
que, aunque en el punto que vi
a la Marquesa perdí
la libertad, fue conmigo
de tanto efeto el oír
que érades también su amante,
que de mi intento al instante
determiné desistir;

mas ella, que no confía
tanto de humana amistad,
lo que fue fidelidad
atribuyó a cobardía;

y ésta es precisa ocasión
de proseguir: que si es justo,
Conde, preferir al gusto
la amistad, no a la opinión.

CARLOS: Con lo que os ha disculpado
me disculpo: yo, ignorante
de que fuédeses su amante,
el cartel he publicado.

No puedo con opinión
de este empeño desistir;
que no lo ha de atribuir
a amistad la emulación.

MARQUÉS: Eso supuesto, mirad,
Conde, lo que hemos de hacer.

CARLOS: Competir, sin ofender
las leyes de la amistad.

MARQUÉS: Tened de mí confianza,
que siempre seré el que fui.

Vase

CARLOS: Y fiad que no haga de mí
la competencia mudanza.

¿Cuándo, ingrata doña Inés,
ha de cesar tu crueldad?

Cuando ya, por mi amistad,
mudaba intento el Marqués,
¿le obligaste al desafío,

por darme pena mayor?
 ¿Qué le queda a tu rigor
 que emprender en daño mío?

Sale BELTRÁN

BELTRÁN: ¡Famoso Conde!
 CARLOS: ¡Beltrán!
 ¿Qué hay del examen?
 BELTRÁN: Señor,
 hoy de todo pretensor
 los méritos se verán.
 CARLOS: ¿Qué ha sentido la Marquesa
 del cartel que he publicado?
 BELTRÁN: La gentileza ha estimado
 con que vuestro amor no cesa
 de obligarla.
 CARLOS: Su rigor
 a lo menos no lo muestra.
 BELTRÁN: No os quejéis; que culpa es vuestra
 conquistar ajeno amor,
 ingrato a quien os adora
 y por vos vive muriendo.
 CARLOS: ¿Qué decís, que no os entiendo?
 BELTRÁN: La Marquesa, mi señora,
 lo sabe ya todo: en vano
 os hacéis desentendido.
 CARLOS: ¡Decid, por Dios! ¿Qué ha sabido?
 Del secreto os doy la mano,
 si es que os recatáis por eso.
 Solos estamos los dos.
 BELTRÁN: Ha sabido que por vos
 pierde doña Blanca el seso.
 CARLOS: ¿Qué doña Blanca?
 BELTRÁN: De Herrera,
 la hija de don Fernando.
 CARLOS: Lo que os estoy escuchando
 es ésta la vez primera
 que a mi noticia llegó.
 BELTRÁN: ¡Bien, por Dios!
 CARLOS: Él es testigo
 de que la verdad os digo.
 BELTRÁN: Pues, que lo sepáis o
 no, por vos vive en tal
 tormento y en tanto fuego abrasada
 Blanca, que desesperada
 quiere entrarse en un convento.
 CARLOS: ¿Por mí?
 BELTRÁN: Por vos.
 CARLOS: Mirad bien
 que os engañáis.
 BELTRÁN: Ni yo dudo
 quién sois, ni engañarse pudo
 quien lo dijo.
 CARLOS: ¿Pues de quién
 lo sabéis que no podía
 engañarse?
 BELTRÁN: Helo sabido

de una criada, que ha sido
de quien ella más se fia.

CARLOS: Otra vez vuelvo a juraros
que he estado ignorante de ello.

BELTRÁN: Bien puede, sin entendolo
vos, doña Blanca adoraros;
que esas partes fortaleza
mayor pueden sujetar,
y ella de honesta callar,
ciega de amor, su flaqueza,
que sólo os puedo decir
que quien me lo dijo fue
con circunstancias que sé
que no me pudo mentir.

CARLOS: (¿Puede ser esto verdad, **Aparte**
cielo santo? Puede ser,
que en antojos de mujer
no es ésta gran novedad.
Pero no, el Marqués ha sido
su amante. Mentira es.
Pero bien pudo el Marqués
amarla sin ser querido.
¿Cómo me pudo tener
tanta afición sin mostralla?
Pero como honesta calla,
si adora como mujer.
¿Cómo mi amor la conquista
sin comunicar con ella?
Pero la honrada doncella
tiene la fuerza en la vista.
Marquesa, si esto es verdad,
al cielo tu sinrazón
ofende, y me da ocasión
de castigar tu crueldad.
Será de mí celebrada
Blanca, principal y hermosa.
Quizá pagarás celosa
lo que niegas confiada.
Mas, ¿qué haré? Que el desafío
me tiene empeñado ya.
El mismo ocasión me da
para el desagravio mío:
yo haré que tu confianza,
si el cielo me da vitoria,
donde espera mayor gloria,
me dé a mí mayor venganza.)
Adiós, Beltrán.

BELTRÁN: Conde, adiós.

CARLOS: Mi pretensión ayudad.

BELTRÁN: Ya sabéis mi voluntad.

CARLOS: Confiado estoy de vos.

Vase

BELTRÁN: Lo que manda la Marquesa
comencemos a ordenar.

**Pone papeles sobre un bufete, y recado de escribir
y un libro**

¡Cielos! ¿En qué ha de parar
tan dificultosa empresa?

Sale CLAVELA con manto

CLAVELA: (Dicen que un loco hace ciento **Aparte**
y ya, por la ceguedad
de Blanca, en mí la verdad
del refrán experimento.
Oblígame a acreditar
su enredo con otro enredo.
Éste es Beltrán. Aquí puedo
su intención ejecutar.)
Suplícoos que me digáis
dónde hallaré un gentilhombre
de esta casa, cuyo nombre
es Beltrán.

BELTRÁN: Con él estáis.

CLAVELA: ¿Vos sois?

BELTRÁN: Yo soy.

CLAVELA: Buen agüero
del dichoso efeto ha dado,
haberos luego encontrado,
a lo que pediros quiero.

BELTRÁN: ¿En qué os puedo yo servir?

CLAVELA: Es público que se casa
la señora de esta casa.
Dicen que ha de recibir
más criadas y quisiera,
pues tanto podéis, que fuese,
para que me recibiese,
vuestra piedad mi tercera;
que ni por padres honrados,
ni por buena fama creo
que desprecie mi deseo.
En labores y bordados
hay en la corte muy pocas
que me puedan igualar;
si me pongo a aderezar
valonas, vueltas y tocas,
no distingue, aunque lo intente,
la vista más atrevida,
si son de gasa bruñida
o de cristal transparente;
y si de lo referido
pretendéis certificaros,
será fácil informaros
de la casa en que he servido;
que su madre del Marqués
don Fadrique es buen testigo
de las verdades que digo.

BELTRÁN: (Esta ocasión, cielos, es **Aparte**
la que buscar he podido,
para informarme de todo

lo que pretendo.) ¿De modo
que habéis, señora, servido
a la Marquesa?

CLAVELA: Diez años.

BELTRÁN: ¿Por qué causa os despidió
de su servicio?

CLAVELA: (¡Cayó **Aparte**
en la red de mis engaños!)
Si os he de decir verdad,
me habéis de guardar secreto.

BELTRÁN: Decid; que yo os lo prometo.

CLAVELA: Conquistó mi honestidad
su hijo el Marqués de suerte
que me despedí por él,
y por eximirme de él
tuviera en poco la muerte.

BELTRÁN: ¿Por qué? Decid.

CLAVELA: Yo me entiendo.

BELTRÁN: ¿No lo fiaréis de mí?
(La verdad descubro aquí.) **Aparte**

CLAVELA: (¡En el lazo va cayendo!) **Aparte**
No es oro todo, Beltrán
lo que reluce. Secretos
padece algunos defetos,
aunque le veis tan galán,
que da vergüenza el contarlos.
¡Mirad qué será el tenerlos!

BELTRÁN: ¿Y no puedo yo saberlos,
supuesto que he de callarlos?

CLAVELA: Pues os he dicho lo más,
y pues pretendo obligaros,
tengo de lisonjearos
diciéndoos lo que jamás
mis labios han confesado.
Tiene el Marqués una fuente;
y el mayor inconveniente
no es éste de ser amado.

BELTRÁN: ¿Pues cuál?

CLAVELA: En una ocasión
que me halló sola, en los lazos
me prendió de sus dos brazos,
y en la amorosa cuestión,
a mis labios atrevido,
con su aliento me ofendió
tanto, que me mareó
el mal olor el sentido.

Por esto y por la opinión
que tiene de mentiroso,
hablador y jactancioso,
tomé al fin resolución
de resistir y de huir
el ciego amor que le abraza
por mí; y así de su casa
me fue forzoso salir.

BELTRÁN: Decidme, ¿cómo os llamáis?

CLAVELA: Es mi nombre Ana María.

BELTRÁN: ¿Dónde vivís?

CLAVELA: Una tía
me alberga; mas pues tomáis
mi cuidado a cargo vos,

al mío queda el buscaros.
 BELTRÁN: Importa no descuidaros.
 CLAVELA: Dios os guarde.
 BELTRÁN: Guárdeos Dios.
 CLAVELA: (Fuerza es que al fin se declare **Aparte**
 la verdad; mas haga el daño
 que hacer pudiere el engaño,
 y dure lo que durare.)

Vase

BELTRÁN: Con tan clara información,
 las faltas son ciertas ya
 del Marqués, y perderá
 por ellas su pretensión.

Sale doña INÉS

INÉS: ¿Tenéis, Beltrán, prevenidos
 los memoriales?
 BELTRÁN: Dispuestos
 están como has ordenado.
 INÉS: Pues llegad, llegad asientos.
 Sentáos, Beltrán. El examen
 en nombre de Dios empiezo.

Siéntanse al bufete con un libro y memoriales

BELTRÁN: Este billete, señora,
 es de don Juan de Vivero.
 INÉS: Breve escribe. Dice así,

Lee

"Si os mueven penas, yo muero"
 Esto de muero es vulgar;
 mas por lo breve es discreto.
 BELTRÁN: Hecha tengo su consulta.
 INÉS: Decid.

Lee en el libro

BELTRÁN: "Don Juan de Vivero,
 mozo, galán, gentilhombre,
 y en sus acciones compuesto;
 seis mil ducados de renta;
 galiciano caballero.
 Es modesto de costumbres,

aunque dicen que fue un tiempo
a jugar tan inclinado,
que perdió hasta los arreos
de su casa y su persona;
pero ya vive muy quieto."

INÉS: El que jugó jugará;
que la inclinación al juego
se aplaca, mas no se apaga.
Borralde.

BELTRÁN: Ya te obedezco.

INÉS: Proseguid.

BELTRÁN: Éste es don Juan
de Guzmán, noble mancebo.

Dale un papel a INÉS

INÉS: ¿No es éste el que ayer traía
una banda verde al cuello?

BELTRÁN: Ése mismo.

INÉS: Pues yo dudo
que escape de loco o necio;
que preciarse de dichosos
nunca ha sido acción de cuerdos.

Lee INÉS

"En tanto que el máximo planeta en giro veloz ilustre el orbe, y sus piramidales
rayos iluminan
mis vítreos ojos...".

¡Oh, qué fino mentecato!

BELTRÁN: ¡Y qué puro majadero!

INÉS: ¡A una mujer circunloquios
y no usados epitetos!

BELTRÁN: ¿Quieres oír su consulta?

INÉS: No, Beltrán; borralde presto,
y al margen poned así:

Escribe BELTRÁN en el libro

"Éste se borra por necio.
No se consulte otra vez,
porque es falta sin remedio".

BELTRÁN: Ya está puesto. El que se sigue
es don Gómez de Toledo,
que la cruz de Calatrava
ostenta en el noble pecho.
Hombre que anda a lo ministro,
capa larga y corto cuello,
levantado por detrás
el cuello de ferreruelo,
el paso compuesto y corto,
siempre el sombrero derecho,
y un papel en la pretina;
maduro en años y en seso.

INÉS: Apruebo el seso maduro,
maduros años no apruebo
para en marido, Beltrán.

BELTRÁN: Es maduro, mas no es viejo.

INÉS: Va la consulta.

BELTRÁN: Es Hurtado
de Mendoza.

INÉS: ¿De los buenos?

BELTRÁN: De los buenos.

INÉS: Será vano.

BELTRÁN: Es pobre.

INÉS: Serálo menos.

BELTRÁN: Tiene esperanza de ser
de una gran casa heredero.

INÉS: No contéis por caudal propio
el que está en poder ajeno;
y más donde el morir antes
o después es tan incierto.

BELTRÁN: Pretende oficios.

INÉS: ¿Pretende?
¡Triste de él! ¿Tenéis por bueno
para mi marido a quien
ha de andar siempre pidiendo?

BELTRÁN: Un virreinato pretende.

INÉS: ¿Virreinato cuando menos?
¡Mirad si digo que es vano!

BELTRÁN: Tiene, para merecerlo,
innumerables servicios.

INÉS: A maravedís los trueco;
que méritos no premiados
son litigiosos derechos.

BELTRÁN: Sólo entre sus buenas partes
se le conoce un defeto.

INÉS: ¿Cuál?

BELTRÁN: Es colérico adusto.

INÉS: ¡Peligroso compañero!

BELTRÁN: Mas dicen que aquella furia
se le pasa en un momento,
y queda apacible y manso.

INÉS: Si con el ardor primero
me arroja por un balcón,
decidme, ¿de qué provecho,
después de haber hecho el daño
será el arrepentimiento?

BELTRÁN: ¿Borrarélo?

INÉS: Sí, Beltrán;
que elegir esposo quiero
a quien tenga siempre amor,
no a quien siempre tenga miedo,

BELTRÁN: Ya está borrado. Consulta

Lee en el libro

de don Alonso...

INÉS: Ya entiendo.

BELTRÁN: Éste tiene nota al margen,
que dice. "Merced le han hecho
de un hábito, y no ha salido.

Consultéseme en saliendo".

INÉS: ¿Ha salido?

BELTRÁN No, señora.

INÉS: Harta lástima le tengo.
Beltrán, el que hábito pide,
más pretende, según pienso,
dar muestra de que es bienquisto,
que no de que es caballero.
Adelante.

BELTRÁN: Don Guillén
de Aragón se sigue luego,
de buen talle y gentil brío;
sobre un condado trae pleito.

INÉS: ¿Pleito tiene el desdichado?

BELTRÁN: Y dicen que con derecho;
que sus letrados lo afirman.

INÉS: Ellos, ¿cuándo dicen menos?

BELTRÁN: Gran poeta.

INÉS: Buena parte,
cuando no se toma el serlo
por oficio.

BELTRÁN: Canta bien.

INÉS: Buena gracia en un soltero,
si canta sin ser rogado,
pero sin rogar con ello.

BELTRÁN: En latín y griego es docto.

INÉS: Apruebo el latín y el griego;
aunque el griego, más que sabios,
engendrar suele soberbios.

BELTRÁN: ¿Qué mandas?

INÉS: Que se consulte,
si saliere con el pleito.

BELTRÁN: El que se sigue es don Marcos
de Herrera.

INÉS: Borraldo luego;
que don Marcos y don Pablo,
don Pascual y don Tadeo,
don Simón, don Gil, don Lucas,
que sólo oírlos da miedo,
¿cómo serán si los nombres
se parecen a sus dueños?

BELTRÁN: Del marques napolitano
la consulta te refiero.

INÉS: Beltrán, títulos de Italia
son moneda de otro reino,
y no quiero yo marido
que ande con los caballeros
de España sobre llamarle
señoría, siempre a pleito.
Voluntarias señorías
son forzosos sentimientos,
que hay hidalgo presumido,
de montañés abolengo,
que por darles a los tales
con la merced, por momentos
se les hará enconradizo.

BELTRÁN: Bórrolo, pues, y te leo
los méritos y consulta
del conde don Juan.

INÉS: Ya entiendo.

BELTRÁN: Es andaluz, y su estado
es muy rico y sin empeño,
y crece más cada día,
que trata y contrata.

INÉS: Eso
en un caballero es falta;
que ha de ser el caballero
ni pródigo de perdido,
ni de guardoso avariento.

BELTRÁN: Dicen que es dado a mujeres.

INÉS: Condición que muda el tiempo.
Casará y amansará
al yugo del casamiento.

BELTRÁN: No es puntual.

INÉS: Es señor.

BELTRÁN: Mal pagador.

INÉS: Caballero.

BELTRÁN: Avalentado.

INÉS: Andaluz.

BELTRÁN: Es viudo.

INÉS: Borralde presto;
que quien dos veces se casa,
o sabe enviudar o es necio.

BELTRÁN: El Conde Carlos se sigue.
Éste tiene gran derecho,
que es noble, rico y galán,
y de muchas gracias lleno.

INÉS: Sí; mas tiene una gran falta.

BELTRÁN: ¿Y cuál es?

INÉS: Que no le quiero.

BELTRÁN: ¿Borrarélo?

INÉS: No, Beltrán,
ni lo borro ni lo apruebo.

BELTRÁN: Sólo el Marqués don Fadrique
resta ya. Sus partes leo.

INÉS: Decidme; ¿qué información
hallastes de los defetos
que aquella mujer me dijo?

BELTRÁN: ¡Que son todos verdaderos!

INÉS: ¿Que son ciertos?

BELTRÁN: Ciertos son.

Levántase derribando el bufete

INÉS: Pues borralde... Mas, ¡teneos!
No le borreís; que es en vano,
entre tanto que no puedo,
como su nombre en el libro,
borrar su amor en el pecho.

Vase

BELTRÁN: Con las tablas de la ley
diste, señora, en el suelo.
No hallarás perfeto esposo;
que caballo sin defeto,

quien lo busca, desconfía
de andar jamás caballero.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

***Dentro ruido de cascabeles y atabales. Salen
HERNANDO por una puerta, y por otra OCHAVO***

HERNANDO: ¡Vítor el Conde Carlos! ¡Vítor!
OCHAVO: ¡Cola!
¡El Marqués don Fadrique, vítor!
HERNANDO: ¡Mientes!
OCHAVO: Lacayo vil, ¿tu lengua niega sola
lo que afirman conformes tantas gentes?
HERNANDO: Tú, como infame, mientes por la gola;
que no han sido los votos diferentes
en dar al Conde Carlos la vitoria.
OCHAVO: El premio nos dirá cúya es la gloria.
HERNANDO: Más entiendes de vinos que de lanzas.
Llevóse el Conde Carlos la sortija
dos veces, ¿y te quedan esperanzas
de que a tu dueño la Marquesa elija?
OCHAVO: ¡Triste, que ni el primero punto alcanzas
de vinos ni de lanzas! No colija
tu pecho de eso el lauro que te ofreces;
que el Marqués la ha llevado otras dos veces
HERNANDO: El Conde, por ventura, en el torneo,
¿en todo no ha quedado ventajoso?
OCHAVO: ¿O estás loco, o te miente tu deseo.
¿El premio no llevó de más airoso
el Marqués, mi señor?

Miran adentro

HERNANDO: Al Conde veo
que el premio dan.
OCHAVO: No estés presuntüoso;
que otro dan al Marqués.
HERNANDO: ¿Hay tal sentencia?
¡Que igualen tan notoria diferencia!
OCHAVO: Juzgólo el Almirante, y corresponde
a quien es.
HERNANDO: Será un necio quien replique.
OCHAVO: Su premio guarda en la urna blanca el Conde
HERNANDO: Y el suyo le presenta don Fadrique
a la Marquesa.
OCHAVO: Gran misterio esconde,
y rabio por saber qué signifique.

En balcón blanco, que al del alba imita,
blanca urna en que los premios deposita.
HERNANDO: A su tiempo dirá. La fiesta ha dado
fin; la Marquesa deja la ventana.
OCHAVO: Y ya nuestros dos dueños han dejado
sus dos caballos.
HERNANDO: Hoy el Conde gana
la vitoria del bien que ha deseado.
OCHAVO: Hoy goza de su prenda soberana
el Marqués.
HERNANDO: Ellos vienen.
OCHAVO: Pues veamos
cómo se hablan agora nuestros amos.

**Salen el conde CARLOS y el MARQUÉS,
aderezados de sortija el conde de blanco, y el MARQUÉS de
verde**

CARLOS: Marqués, mil norabuenas quiero daros
del aire, de la gala y bizarría
con que corrido habéis. Pudo invidiaros
en todo el mismo autor del claro día.
MARQUÉS: El alabarme, Conde, es alabaros;
lisonja es vuestra la lisonja mía,
que si a vos sólo merecí igualarme,
gusto que os alabéis con alabarme.
OCHAVO: ¡Qué honrado competir!
CARLOS: Fue la sentencia
como de tal señor.
MARQUÉS: El Almirante
honra como quien es.
OCHAVO: ¿Quién competencia
tan noble ha visto en uno y otro amante?
CARLOS: Marqués, pedir os quiero una licencia.
MARQUÉS: Si soy vuestro, y no tiene semejante
la amistad que profeso yo teneros,
sólo os puedo negar el concederos.
¿Licencia puedo dar a quien de todo
es dueño, a quien gobierna mí albedrío?
Tomalda, Conde, vos; que de ese modo
os puedo dar lo que tenéis por mío;
y para daros a entender del todo
cuánto soy vuestro y cuánto en vos confío,
si sin pedirla no queréis tomarla,
yo, sin saberla, tengo de otorgarla.
CARLOS: Sólo quiero saber...
MARQUÉS: No digáis nada,
o mi amistad de vos será ofendida.
CARLOS: ¿Amáis a la Marquesa?
MARQUÉS: No es amada
en su comparación de mí la vida.
CARLOS: ¿Y Blanca?
MARQUÉS: Es ya de mí tan olvidada,
que aun haberla querido se me olvida.
CARLOS: Con eso tomo la licencia, amigo.
Hago lo que mandáis, y no os lo digo.

Vanse el conde CARLOS y HERNANDO

OCHAVO: Por Dios, señor, que has andado
tan gallardo y tan lucido,
que la invidia ha enmudecido,
la soberbia te ha invidiado.
Bien puede el Conde alabarse
de ser vencido.

MARQUÉS: Eso no;
ni pude vencerlo yo,
ni quien lo juzgó engañarse.

OCHAVO: Eso sí; que es señal clara
de los nobles corazones
igualar en las razones
las espaldas con la cara.

MARQUÉS: Al cuarto de doña Inés
hemos llegado.

OCHAVO: Ella viene.

**Salen doña INÉS, BELTRÁN y
MENCIA**

INÉS: (¡Ah, cielos! ¿Qué imperio tiene **Aparte**
en mi albedrío el Marqués,
que en viéndole, mi deseo
pone al instante en olvido
las faltas que dél he oído,
por las partes que en él veo?)

MARQUÉS: Huélgome, hermosa señora,
que abreviaréis la elección,
pues dos solamente son
los que os compiten agora;
porque a los demás, vencidos,
la suerte los excluyó.
El Conde Carlos y yo
quedamos para eligidos.
Iguales nos han juzgado
en la sortija y torneo.
No sé yo si su deseo
igual a con mi cuidado;
sé que si me vence a mí
en la gloria que pretendo,
tengo de mostrar, muriendo,
lo que amando merecí.

INÉS: No importa, Marqués, que vos
y el Conde solos quedéis
para abreviar, cuando veis
que el ser iguales los dos
me pone en más confusión;
porque en muchos desiguales,
más fácil que en dos iguales
se resuelve la elección.

Pero ya prevengo un medio
con que me he de resolver.
(Dilaciones son, por ver **Aparte**
si el tiempo me da remedio.)

OCHAVO: ¿Cuándo, enemiga Mencía,

tu dureza he de ablandar?
 ¡Que no te quieras casar!
 Sólo en mi daño podía
 tan gran novedad hallarse;
 pues para darme querella,
 eres la primer doncella
 que no rabia por casarse.

MENCÍA: Sí quiero; mas no te quiero.

OCHAVO: Pues si por mí no lo acabo,
 puédalo el llamarme Ochavo;
 que eres mujer, y es dinero.

MENCÍA: (¡Que no puedo yo librarme **Aparte**
 de este amante porfiado!
 Mas sí puedo. De su enfado
 una burla ha de vengarme.)
 ¿Diré, Ochavo, la verdad?

OCHAVO: Díla, si es en mi favor.

MENCÍA: Tu amor pago con amor.

OCHAVO: ¿De veras?

MENCÍA: Mi voluntad
 esta noche ha de dar fin
 a tu firme pretensión.

OCHAVO: ¿Mas qué tenemos? ¿Balcón,
 o puerta falsa, o jardín?

MENCÍA: No tanto lo que desea
 mi ciego amor dificulta.
 Ese tafetán oculta,
 Ochavo, una chimenea.
 Escóndete en ella, agora
 que en plática están los tres
 divertidos; que, después
 que se acueste mi señora,
 yo, que soy su camarera,
 saldré a esta cuadra, y tendrás
 de lo que oyéndome estás
 información verdadera.

OCHAVO: Al paso que se desea,
 se duda y se desconfía.
 Obedézcote, Mencía,
 y doyme a la chimenea.

Vase

MARQUÉS: ¿Los ingenios intentáis
 examinarnos?

INÉS: Si iguales
 los méritos corporales
 a los del alma juzgáis,
 erráislo; y se precipita
 la que así no se recata;
 que con el alma se trata,
 si con el cuerpo se habita.

MARQUÉS: ¡Ay, mi bien! Que no lo siento
 porque me causa temor;
 que en las alas de mi amor
 volará mi entendimiento.
 Siéntolo, Inés, porque veo
 que son todas dilaciones,

solicitando ocasiones
de no premiar mi deseo.

Mirad que muero de amor.

INÉS: ¡Qué mal, Marqués, lo entendéis!

Las dilaciones que veis
son sólo en vuestro favor;
que nadie en mi pensamiento
os hace a vos competencia;
sólo está de mi sentencia
en vos el impedimento.

MARQUÉS: ¡Declárate! ¿Así te vas?

INÉS: Basta, Marqués, declararos
que ni puedo más amaros
ni puedo deciros más.

Vase doña INÉS con MENCÍA

MARQUÉS: ¡Cielos! ¿Qué es esto? Sacad,
Beltrán, de esta confusión
mi afligido corazón.

BELTRÁN: Sabe Dios mi voluntad;
mas hame puesto preceto
del silencio doña Inés,
y no querréis vos, Marqués,
que os revele su secreto.

MARQUÉS: (De la vil emulación
sin duda nace este engaño,
y puede más en mi daño
la envidia que la razón.

Aparte

Mas, ¿por que, enemiga ingrata,
me matas con encubrirlo?
Matárasme con decirlo,
pues el callarlo me mata.)

Vase el MARQUÉS

BELTRÁN: Sáquenlos con bien los cielos
de intento tan peligroso.

Sale INÉS

INÉS: ¿Fuese?

BELTRÁN: Corrido y quejoso,
ardiendo en cólera y celos.
Y tiene, por Dios, razón,
si atenta lo consideras;
que declararle pudieras
de su daño la ocasión.

OCHAVO se asoma al paño y escucha

INÉS: Bien lo quisieran mis males;

pero nadie, si es discreto,
dice al otro su defeto;
y los del Marqués son tales,
que la vergüenza no deja
referirlos, y es más sabio
intento excusar su agravio,
que satisfacer su queja.

Escucha OCHAVO desde el paño

OCHAVO: (¿Qué serán estos defetos?) **Aparte**

INÉS: Decid: ¿quién, si en la opinión
del Marqués al mundo son
sus defetos tan secretos
que eso le da confianza,
le dirá faltas tan feas?

BELTRÁN: Yo, señora, si deseas
no dar causa a su venganza.

Porque tener una fuente
es enfermedad, no error;
de la boca el mal olor
es natural accidente,
el mentir es liviandad
de mozo, no es maravilla,
y vendrán a corregilla
la obligación y la edad.

] Éstos sus defetos son;
pues él los pregunta, deja
que yo mitigue su queja
y aclare su confusión.

OCHAVO: (¡Hay tal cosa!)

Aparte

INÉS: Mal sabéis
cuánto amarga un desengaño.
Aunque remediéis su daño
con eso, le ofenderéis;
que aun los públicos defetos
hace, quien los dice, ofensa.
¿Qué será si el Marqués piensa
que los suyos son secretos?
Si son ciertos, la razón
con que le dejo verá,
o el tiempo descubrirá
la verdad, si no lo son;
que a esto sólo mi cuidado
con la dilación aspira.

BELTRÁN: Señora, si ella es mentira,
¡lindamente la han trazado!

INÉS: ¿Qué ocasión a la criada
de Blanca pudo mover
a mentir?

Vase doña INÉS

BELTRÁN: Toda mujer
es a engañar inclinada.

Vase BELTRÁN

OCHAVO: ¿Esto pasa? ¿Que escondido
 tanto mal tenga el Marqués?
 ¿Que lo sepa doña Inés,
 y yo no lo haya sabido?
 ¿Quién puede haber que lo crea?
 ¿Que de mentiroso tiene
 opinión?... Mas gente viene;
 vuélvome a la chimenea.

Vase. Salen BLANCA y CLAVELA, a la ventana

CLAVELA: ¿Qué querrá tratar contigo
 el Conde Carlos?
 BLANCA: Él es,
 como sabes, del Marqués
 don Fadrique fiel amigo,
 y decirme de su parte
 alguna cosa querrá.
 CLAVELA: ¿Si está arrepentido ya
 de mudarse y de agraviarte?
 BLANCA: No vuela con tanto aliento
 mi esperanza.
 CLAVELA: Pues, señora,
 ¿quieres saber lo que agora
 me ha dictado el pensamiento?
 BLANCA: Dilo.
 CLAVELA: El Conde te ha mirado
 en la sortija y torneo
 tanto, que de algún deseo
 me da indicio su cuidado.
 BLANCA: ¿Eso dices, cuando ves
 que es doña Inés su esperanza?
 CLAVELA: ¿No hay en el amor mudanza?
 BLANCA: Siendo amigo del Marqués,
 ¿he de creer que pretende
 las prendas que él adoró?
 CLAVELA: Si ya el Marqués te olvidó,
 con amarte, ¿qué le ofende,
 supuesto que es tan usado
 en la corte suceder
 el amigo en la mujer
 que el otro amigo ha dejado,
 sin que esta ocasión lo sea
 para poder dividirlos?
 Que dicen que esos puntillos
 son para hidalgos de aldea.
 BLANCA: Presto el misterio que esconde
 su venida y su intención
 conoceré. Hacia el balcón
 viene un hombre.
 CLAVELA: Será el Conde.

Sale el conde CARLOS, de noche

CARLOS: (Amor, como son divinos, **Aparte**
 son tus intentos secretos,
 pues dispensas tus efectos
 por tan ocultos caminos.
 ¿Quién pensara que la fama
 de que a Blanca doy cuidado,
 hubiera en mí despertado
 tan nueva amorosa llama,
 que funde ya mi esperanza
 en ella su dulce empleo,
 y prosiga mi deseo
 lo que empezó mi venganza?
 De amar es fuerte incentivo
 ser amado; que el rigor
 mata el más valiente amor
 y apaga el ardor más vivo.
 Mas ya Blanca en su balcón
 me espera. ¡Qué puntual!
 Es fuego el amor, y mal
 se encubre en el corazón.)

¿Es Blanca?

BLANCA: ¿Es Carlos?
 CARLOS: Soy, señora mía,
 el hombre más dichoso
 de cuantos ven la luz del claro día;
 si bien estoy quejoso
 del tiempo que el recato me ha tenido
 oculto el alto bien que he merecido.
 BLANCA: No os entiendo.
 CARLOS: Señora,
 baste el silencio, baste el sufrimiento;
 dos años basten ya que el pensamiento,
 sin producir acciones,
 ardiendo reprimió vuestras pasiones.
 BLANCA: Hablad; que menos os entiendo agora.
 CARLOS: En vano es, Blanca, ya vuestro recato.
 Declararos podéis; no soy ingrato.
 BLANCA: Vos, Conde, os declarad.
 CARLOS: Cuando la fama
 publica ya, partera,
 que el sol ha iluminado
 dos veces ya los signos de su esfera,
 después que arde en mi amor vuestro cuidado
 y que os obliga la desconfianza
 de ser mi dulce esposa, a la mudanza
 del secular al religioso estado,
 ¿os preciáis de secreta y recatada,
 porque tal gloria goce yo penada?

**Hablan aparte doña BLANCA y
 CLAVELA**

BLANCA: Este daño resulta de mi engaño.

CLAVELA: No es, si ganas al Conde, mucho el daño.
 CARLOS: ¿Por ventura teméis que el pecho mío
 no os corresponda, Blanca? ¿Por ventura
 --demás que esa beldad os asegura
 la vitoria del más libre albedrío--
 no os han dicho mis ojos,
 mis colores, divisas y libreas,
 mis ardientes enojos?
 En lo blanco y lo verde, ¿quién no alcanza
 que di a entender que es Blanca mi esperanza
 ¿No adorné en la sortija y el torneo
 de blanco una ventana? ¿Y puesta en ella
 no vistas la urna breve,
 émula de la nieve,
 mostrando por enigmas mi deseo,
 poniendo en ello del marcial trofeo
 los premios que gané, con que mostraba
 que a esa blanca deidad los dedicaba?
 En las cañas, ¿mi adarga en campo verde
 no llevaba una blanca,
 cuya letra en el círculo decía,
 "Trueco a una Blanca la esperanza mía"?
 Tras esto, ¿yo no vengo ya rendido?
 Pues, mi bien, ¿qué os impide o qué os enfrena
 de sacarme y salir de tanta pena?

Hablan aparte CLAVELA y doña BLANCA

CLAVELA: Goza de la ocasión, señora mía;
 que rabio ya por verte señoría.
 BLANCA: (¿Qué recelo? ¿Qué dudo? **Aparte**
 ¿Con qué medio mejor la suerte pudo
 disponer mi remedio y mi venganza?
 ¡Pague el Marqués mi agravio y su mudanza!)
 Conde, ya llegó el tiempo que mi pecho,
 de las verdades vuestras satisfecho,
 descansa de sus penas;
 que si llegaba el fuego a las almenas
 antes de ser pagado,
 ¿qué será cuando veo
 que el vuestro corresponde a mi deseo?
 CARLOS: ¿Que alcanzo tanta gloria?
 BLANCA: Ha mucho que gozáis esta vitoria.
 Mas, Conde, gente viene, y es muy tarde.
 Tratadlo con mi padre, y Dios os guarde.

Vanse doña BLANCA y CLAVELA

CARLOS: Adiós, querida Blanca. ¡Amor, vitoria!
 ¿Qué gracias te daré por tanta gloria,
 pues en un punto alcanza
 mi amor de Blanca amor, de Inés venganza?

Sale el MARQUÉS, de noche

MARQUÉS: ¿Es el Conde?
 CARLOS: ¿Es el Marqués?
 MARQUÉS: ¡Vos tan tarde, Conde, aquí?
 CARLOS: Sí, que os solicito así,
 la dicha de doña Inés.
 MARQUÉS: ¿Cómo?
 CARLOS: La mano le doy,
 si vos licencia me dais,
 MARQUÉS: Al cuello me echáis,
 Conde, nuevos lazos hoy;
 pues aunque el amor cesó,
 la obligación del deseo
 de su merecido empleo
 viva en el alma quedó.
 Pues en tan noble marido
 mejorada suerte alcanza,
 no se queje su esperanza
 de que mi mano ha perdido.

CARLOS: (Esto es bueno, ¡para haber **Aparte**
 dos años que a mí me adora
 doña Blanca!) Nadie agora
 os queda ya que temer.

MARQUÉS: ¡Ay de mí, Conde, que es vano
 vuestro cuidado y el mío,
 cuando alcanzar desconfío
 de la Marquesa la mano!
 Que de sus labios oí
 --ved si con causa lo siento--
 que estaba el impedimento
 de alcanzarla sólo en mí.
 No dijo más la crüel.
 Conde, solo estáis conmigo,
 mi amigo sois, y el amigo
 es un espejo fiel.
 En vos a mirarme vengo.
 Sepa, yo, Carlos, de vos,
 por vuestra amistad, por Dios,
 ¿qué secreta falta tengo,
 que cuando a mí se me esconde,
 la sabe Inés? ¿Por ventura
 de mi sangre se murmura
 alguna desdicha, Conde?
 Habladme claro. Mirad
 que he de tener, ¡vive Dios!
 si esto no alcanzo de vos,
 por falsa vuestra amistad.

CARLOS: Estad, Marqués, satisfecho,
 que a saberlo, os lo dijera;
 y si no es la envidia fiera
 la que tal daño os ha hecho,
 el ingenio singular
 de Inés me obliga a que arguya
 que ésa es toda industria suya,
 con que intentando no errar
 la elección, os obligó
 a que os miréis y enmendéis,
 si algún defeto tenéis
 que vos sepáis, y ella no.
 Mas si de vuestra esperanza

marchita el verdor lozano
 la envidia infame, esta mano
 y este pecho a la venganza
 tan airado se previene,
 que el mundo todo ha de ver
 que nadie se ha de atrever
 a quien tal amigo tiene.

MARQUÉS: Bien sabéis vos que os merece
 mi amistad esa fineza.

CARLOS: Ya la purpúrea belleza
 del alba en perlas ofrece
 por los horizontes claros
 el humor que al suelo envía.

MARQUÉS: Aquí me ha de hallar el día.

CARLOS: Fuerza será acompañamos.

MARQUÉS: No, Conde; que estos balcones
 de Inés quiero que me vean
 solo, y que testigos sean
 de que en mis tristes pasiones
 aguardo aquí solo el día,
 solo por más sentimiento,
 que la pena y el tormento
 alivia la compañía.

Vos es bien que os recojáis.

Descansad, pues sois dichoso.

CARLOS: Mal puedo ser venturoso
 mientras vos no lo seáis.

***Vase el conde CARLOS. Sale OCHAVO, en lo
 más alto del corredor, tiznado***

OCHAVO: ¡Gracias a Dios que he salido
 ya de esta vaina de hollín!
 ¡Ah, vil Mencía! Tu fin
 burlarme en efeto ha sido.

Al tejado menos alto
 de uno en otro bajaré,
 porque déj al suelo dé
 menos peligroso salto.

MARQUÉS: (Parece que sobre el techo **Aparte**
 de Inés anda un hombre. ¡Cielos!
 ¿Qué será? ¡Ah, bastardos celos,
 qué asaltos dais a mi pecho!
 ¿De Inés puede ser manchada
 tan vilmente la opinión?
 No es posible. Algún ladrón
 será, o de alguna criada
 será el amante. Verélo;
 que parece que procura,
 disminuyendo la altura,
 bajar de uno en otro al suelo.)

OCHAVO: (De aquí he de arrojarme al fin, **Aparte**
 que es el postrer escalón.
 ¡Válgame en esta ocasión
 algún santo volatín!)

Salta al teatro y tiéndese, y el

MARQUÉS pónale la espada al pecho

MARQUÉS: ¡Hombre, tente y di quién eres!

OCHAVO: ¡Hombre, tente tú!, que a mí,
si me ves tendido aquí,
¿qué más tenido me quieres?

MARQUÉS: ¿Es Ochavo?

OCHAVO: ¿Es mi señor?

MARQUÉS: Díme, ¿qué es esto?

OCHAVO: No es nada.
Burla ha sido, aunque pesada;
mas son percances de amor.

MARQUÉS: ¿Cómo?

OCHAVO: Esa crüel Mencía
esta noche me ha tenido
entre el hollín escondido,
y vino al romper del día
diciendo que su señora
su intento había sospechado,
y que con ese cuidado
se estaba vistiendo agora
con su gente, para ver
la casa; yo, que me vi
en tal peligro, salí
como bala, por poder
librarme, por el cañón
de esa ahumada chimenea.

MARQUÉS: ¡Por Dios, que estoy porque vea
tu atrevida pretensión
la pena de tu locura!
¿De casa que me ha de honrar
te atreviste a quebrantar
la opinión y la clausura?

OCHAVO: El amor me ha disculpado;
y basta, señor, por pena
haber, perdiendo la cena,
toda una noche esperado,
y haber el refrán cumplido
de "si pegare, y si no,
tizne", pues que no pegó,
y tan tiznado he salido.

MARQUÉS: Necio, no estoy para oír
tus gracias.

OCHAVO: ¡Yo sí, Marqués,
para decirlas, después
que sin cenar ni dormir
toda la noche he velado!
Mas siempre los males son
por bien, pues por el cañón
no cupiera a haber cenado;
y el descuento está bien llano
que de este trabajo tuve,
pues de no cenar, estuve
para saltar más liviano.

Demás, que lo que he sabido
esta noche me ha obligado
a dar por bien empleado
cuanto mal me ha sucedido.

MARQUÉS: ¿Cómo?

OCHAVO: ¿Lo que algún contrario
tuyo ha sabido de ti,
encubres, Marqués, de mí,
tu amigo y tu secretario?
¿Fuente tienes, y la cura
otro que yo?

MARQUÉS: ¿Fuente yo?

OCHAVO: ¿Doña Inés lo sabe, y no
Ochavo?

MARQUÉS: ¡Hay tal desventura!
¿Eso han dicho a doña Inés?

OCHAVO: Ten paciencia; que otras cosas
más ocultas y afrentosas
le han dicho de ti, Marqués.

MARQUÉS: Acaba, dílas.

OCHAVO: A enfado
dice, señor, que provoca
el aliento de tu boca.
¡Mira tú a quien has besado
sobre ahíto y en ayunas,
o después de comer olla,
ajos, morcilla, cebolla,
habas verdes o aceitunas!

MARQUÉS: ¡Hay tal maldad! Cosas son
que trazan envidias fieras.

OCHAVO: ¡Dichoso tú, si pudieras
dar de ellas información
de lo contrario a tu ingrata!
Mas esto es nada, señor;
lo que falta es lo peor,
y lo que más la recata.

MARQUÉS: El veneno riguroso
me da de una vez.

OCHAVO: Pues, ¿quieres
sabello? Hanle dicho que eres
hablador y mentiroso.

MARQUÉS: ¡Cielos! ¿Qué furias son éstas
que en mí ejecutan sus iras?
¿Qué traiciones, qué mentiras,
con tal ingenio compuestas,
que es imposible que de ellas
darle desengaño intente?

OCHAVO: En fin, ¿tú no tienes fuente?

MARQUÉS: ¿Quieres que en vivas centellas
te abraze mi furia?

OCHAVO: No;
mas, señor, si son mentiras,
efeto son de las iras
que en doña Blanca encendió
el ser de ti desdeñada;
porque, según entendí,
quien esto dijo de ti,
fue de ella alguna criada.

MARQUÉS: La vida me has dado agora;
que el remedio trazaré
fácilmente, pues ya sé
de estos engaños la autora.

OCHAVO: Pues vámonos a acostar,
en pago de tales nuevas.

MARQUÉS: (Por más máquinas que muevas, **Aparte**

Blanca, no te has de vengar.)

**Vanse OCHAVO y el MARQUÉS. Salen
doña INÉS, BELTRÁN: y MENCÍA**

INÉS: Hoy es, Beltrán, ya forzoso
dar fin a mis dilaciones.
BELTRÁN: No te venzan tus pasiones.
Haz al Conde venturoso,
pues en partes ha excedido
a todos.
INÉS: Hoy mi sentencia,
si no es que en la competencia
de ingenios quede vencido,
le da el laurel vitorioso.
MENCÍA: Yo pienso que ha de venir
toda la corte a asistir
al certamen ingenioso.
INÉS: Así tendrá la verdad
más testigos, y el deseo
con que acertar en mi empleo
y cumplir la voluntad
de mi padre he pretendido,
notorio al mundo será.

**Salen el conde CARLOS, don JUAN, don GUILLÉN
y don Juan de CUMÁN y el conde ALBERTO**

ALBERTO: Aunque del examen ya
doña Inés nos ha excluído,
no es bien que nos avergüence.
La fiesta podemos ver;
que en elección de mujer
el peor es el que vence.
GUILLÉN: Yo, a lo menos, no he tenido
a infamia el ser reprobado.
JUAN: Yo, por no verme casado,
no siento el haber perdido.

**Salen el MARQUÉS y el conde CARLOS por otra
parte, y OCHAVO**

CARLOS: ¿Que tal quiso acreditar
la envidia?
MARQUÉS: (Pues ha de ser **Aparte**
doña Blanca su mujer,
decoro le he de guardar
en callarle que ella ha sido
quien con celosa pasión
se valió de esta invención.)
Una mujer me ha querido,
con las faltas que escucháis,
desacreditar.

CARLOS: Marqués,
 daros pienso a doña Inés,
 pues vos a Blanca me dais.
 MARQUÉS: Tracémoslo, pues.
 CARLOS: Dejad
 ese cargo a mi cuidado,
 que al efeto se ha obligado.
 MARQUÉS: Ejemplo sois de amistad.

***Salen doña BLANCA, con manto, y don FERNANDO
 por otra parte***

FERNANDO: ¿No sabré a qué fin pretende
 que nos hallemos aquí
 el Conde?

BLANCA: Él lo ordena así.
 Déjale hacer, que él se entiende;
 de su palabra confía.

FERNANDO: De tu esposo me la ha dado.

BLANCA: Pues piensa que esto ha trazado
 para mayor honra mía.

MARQUÉS: Ya están en vuestra presencia
 los dos de quien vuestro examen
 al ingenioso certamen
 remite, Inés, la sentencia.

CARLOS: Sólo falta proponer
 la materia o la cuestión,
 en que igual ostentación
 de ingenios hemos de hacer.

INÉS: Generosos caballeros,
 en cuyas nobles personas
 piden iguales coronas
 las letras y los aceros,
 den objeto a la cuestión
 vuestras mismas pretensiones,
 porque con vuestras razones
 justifique mi elección.

MARQUÉS: Proponed, pues.

INÉS: Escuchad.
 Uno de los dos--no digo
 cuál, que no es justo--conmigo
 tiene más conformidad;
 mas éste, a quien me he inclinado,
 padece algunos defetos
 tan graves, aunque secretos,
 que acobardan mi cuidado;
 y por el contrario, hallo
 al otro perfeto en todo,
 pero yo no me acomodo
 con mi inclinación a amallo;
 y así, ha de ser la cuestión
 en que os habéis de mostrar,
 si la mano debo dar
 al que tengo inclinación,
 aunque defetos padezca,
 o si me estará más bien
 que el que no los tiene, a quien
 no me inclino, me merezca.

Cada cual, pues, la opinión
defienda que más quisiere,
y la parte que venciere
merecerá mi elección,
juzgando la diferencia
cuantos presentes están,
pues con esto no podrán
quejarse de mi sentencia.

CARLOS: (Al Marqués se inclina Inés,
yo soy el aborrecido. **Aparte**
Ya el ingenio me ha ofrecido
el modo con que al Marqués
la palabra que le he dado
le cumpla.) Yo, con licencia
vuestra, en esta diferencia
defiendo que el que es amado
debe ser el escogido.

MARQUÉS: (¡Cielos!, mi causa defiende **Aparte**
el Conde; mas él se entiende.
La mano me ha prometido
de Inés; confiado estoy,
que es mi amigo verdadero.
Con su pensamiento quiero
conformarme.) Pues yo soy
de contrario parecer,
y defiendo que es más justo
no seguir el propio gusto,
y al más perfeto escoger.

INÉS: (Entrambos se han engañado; **Aparte**
que el Conde sin duda entiende
que le quiero, pues defiende
la parte del que es amado;
y el Marqués, pues la otra parte
defiende, piensa también
que es aborrecido. ¡Oh, quién
pudiera desengañarte!)

CARLOS: Los fundamentos espero
que en favor vuestro alegáis,
Marqués.

MARQUÉS: Digo, pues gustáis
de que hable yo primero.

El matrimonio es unión
de por vida; y quien es cuerdo,
aunque atienda a lo presente,
previene lo venidero.
El amor es quien conserva
el gusto del casamiento;
amor nace de hermosura,
y es hermoso lo perfeto;
luego debe la Marquesa
dar la mano a aquél que, siendo
más perfeto, es más hermoso,
pues haber de amarlo es cierto.
De aquí se prueba también
que aborrecer lo perfeto
y amar lo imperfeto es
accidental y violento;
lo violento no es durable.

Luego es más sabio consejo
 al que es perfeto escoger
 --pues, dentro de breve tiempo,
 trocará en amor constante
 su injusto aborrecimiento--
 que al imperfeto querido,
 si luego ha de aborrecerlo.
 Semejantes a las causas
 se producen los efetos,
 ni obra el bueno como malo,
 ni obra el malo como bueno.
 Luego un imperfeto esposo
 un martirio será eterno,
 que, al paso de sus erradas
 acciones, irá creciendo.
 Y no importa que el amor
 venza los impedimentos,
 quite los inconvenientes,
 y perdone los defetos;
 pues nos dice el castellano
 refrán, que es breve evangelio,
 que "quien por amores casa,
 vive siempre descontento."
 El gusto cede al honor
 siempre en los ilustres pechos;
 y las mujeres se estiman
 según sus maridos. Luego
 su gusto debe olvidar Inés,
 pues tendrá, escogiendo
 al perfeto, estimación,
 y al imperfeto, desprecio.
 Indicios da de locura
 quien pone eficaces medios
 para algún fin, y después
 no lo ejecuta, pudiendo.
 La Marquesa doña Inés
 este examen ha propuesto
 para escoger al más digno,
 sin que tenga parte en ello
 el amor. Luego si agora
 no eligiese al más perfeto,
 demás de que no cumpliera
 el paternal testamento,
 indicios diera de loca,
 nota de liviana al pueblo,
 que murmurar a los malos
 y que sentir a los buenos.

ALBERTO: ¡Bien por su parte ha alegado!

JUAN: ¡Fuertes son los argumentos!

GUILLÉN: Oyamos agora al Conde,
 que tiene divino ingenio.

CARLOS: Dificil empresa sigo,
 pues lo imperfeto defiendo;
 pero si el amor me ayuda,
 la vitoria me prometo.
 Si el amor es quien conserva
 el gusto del casamiento,
 como propuso el Marqués,
 con eso mismo lo pruebo;
 que amor para la elección

ha de ser el consejero,
pues del buen principio nace
el buen fin de los intentos.
Y no importa que el querido
padezca algunos defetos,
pues nos advierte el refrán
castellano que lo feo,
amado, parece hermoso,
y es bastante parecello,
pues nunca amor se aconseja
sino con su gusto mesmo.
Aristóteles lo afirma;
Séneca y Platón dijeron
que el amor no es racional
que halla en el daño provecho,
y halla dulzura en lo amargo
San Agustín; según esto,
si en el matrimonio tiene
el Amor todo el imperio,
su locura es su razón,
y es ley suya su deseo.
Lo que él quiere es lo acertado,
lo que él ama es lo perfeto,
lo hermoso, lo que él desea,
lo que él aprueba, lo bueno.
El temor de que después
venga Inés a aborrecerlo,
no importa, que eso es dudoso,
y el amarle agora es cierto.
Para amor no hay medicina
sino gozar de su objeto.
Dícelo en su carta Ovidio,
y en su epigrama Propercio.
Crece con la resistencia,
según Quintiliano; luego
si Inés no elige al que adora,
no tendrá su mal remedio;
antes irá cada día
con la privación creciendo.
Pensar que el aborrecido
vendrá a ser, por ser perfeto,
después amado, es engaño;
que no llega en ningún tiempo,
según Curcio, a amar de veras
quien comenzó aborreciendo.
El amor dice Heliodoro
que no repara en defetos;
la antigüedad nos lo muestra
con portentosos ejemplos.
Pigmaleón, Rodio, Alcides,
a unas estatuas quisieron;
Pasifé a un toro, y a un pez
el sabio orador Hortensio;
Semíramis a un caballo,
a un árbol Jerjes, y vemos
al que dio nombre al ciprés,
de amor de una cierva, muerto.
Pues, ¿qué defetos mayores
que éstos, por quien los sujetos
son incapaces de amor,

pues no puede hallarse en ellos
 correspondencia, por ser
 en especie tan diversos,
 que el mismo amor que intentó
 mostrar en estos portentos
 su poder, quedó corrido
 más que glorioso de hacerlos?
 Luego amando la Marquesa
 al que padece defetos,
 y más sabiéndolos ya,
 no se mudará por ellos.
 Si ignorándolos le amara,
 en tal caso fuera cierto
 que el descubrirlos después
 le obligara a aborrecerlo;
 y por esto mismo arguyo
 que no sólo, aborreciendo
 agora al perfeto Inés,
 no podrá después quererlo,
 mas antes, si lo quisiera
 agora, fuera muy cierto
 aborrecerlo después;
 y de esta suerte lo pruebo.
 Ovidio dice que amor
 se hiela y muda si aquello
 no halla en la posesión
 que le prometió el deseo;
 pues hombre perfeto en todo
 no es posible hallarse.
 Luego aunque Inés amase
 agora al que tiene por perfeto,
 lo aborreciera después
 que con el trato y el tiempo
 sus defetos descubriera,
 pues nadie vive sin ellos.
 Quien ama a un defetüoso,
 ama también sus defetos
 tanto, que aun le agradan
 cuantos le semejan en tenerlos.
 Luego es en vano temer
 que se mude Inés por ellos.
 Que "amar lo imperfeto es
 violento, y lo que es violento
 no dura", el Marqués arguye.
 Lo segundo le concedo,
 lo primero no; que sólo
 es a amor violento aquello
 que no quiere, y natural
 lo que pide su deseo.
 Que "el malo obra como malo,
 y obra el bueno como bueno,
 y de las malas acciones
 nace el aborrecimiento",
 dice el Marqués. Es verdad;
 pero como el amor ciego
 aprueba la causa injusta,
 aprueba el injusto efeto.
 Que las mujeres se estimen
 por sus maridos, concedo;
 pero en eso, por mi parte,

fundo el mayor argumento;
 que quien con mujer se casa
 que confiesa amor ajeno,
 estima en poco su honor.
 Luego, amando al imperfecto
 Inés, fuera infame el otro,
 si quisiera ser su dueño;
 luego ni él puede admitirlo,
 ni la Marquesa escogerlo.
 Que "quien por amores casa,
 vive siempre descontento",
 según lo afirma el refrán,
 dice el Marqués; y es muy cierto,
 cuando por amor se hacen
 desiguales casamientos;
 pero cuando son en todo
 iguales los dos sujetos,
 no hay, si el amor los conforma
 más paraíso en el suelo.
 Decir que no cumple así
 el paternal testamento
 es engaño; que su padre
 sólo le puso precepto
 de que mire lo que hace.
 Ya lo ha mirado, y con eso
 su voluntad ha cumplido.
 Que no consigue el intento
 del examen si no escoge
 al de más merecimientos,
 sin atender al amor,
 según Inés ha propuesto,
 es verdad; pero se debe
 entender del amor nuestro,
 no del suyo; que con ella
 es la parte de más precio
 ser de ella amado, y no ser
 amado el mayor defeto.
 Luego, si elige al que quiere,
 ni dará nota en el pueblo,
 ni qué decir a los malos,
 ni qué sentir a los buenos.

ALBERTO: ¡Vitor!

JUAN: ¡Vitor!

GUILLÉN: ¡Venció el Conde!

ALBERTO: Sus valientes argumentos
 vencieron en agudeza,
 en erudición y ejemplos.

BELTRÁN: Todos declaran al Conde
 por vencedor.

INÉS: Según eso,
 ya es forzoso resolverme,
 aunque me pese, a escogerlo.
 Venciste, Conde; mi mano
 es vuestra.

BLANCA: ¡Qué escucho, cielos!

FERNANDO ¿Esto hemos venido a ver,
 Blanca?

CARLOS: (Agora, que ya puedo **Aparte**
 ser su esposo, he de vengarme,
 y ha de ser un acto mesmo

fineza para el Marqués,
y para ella desprecio.)
Marquesa, engañada estáis;
porque vos habéis propuesto
que la parte que venciere
ha de ser esposo vuestro.
Pues si mi parte ha vencido,
y es la parte que definiendo
la del imperfecto amado,
él ha de ser vuestro dueño.
Yo sé bien que no soy yo
el querido, y sé que ha puesto
la invidia vil al Marqués
tres engañosos defectos.
Y porque os satisfagáis,
escuchadme aparte.

Hablan en secreto

MARQUÉS: (¡Cielos! **Aparte**
No hay más tesoro en el mundo
que un amigo verdadero.)
BLANCA: (Yo soy perdida, si aquí **Aparte**
se declaran mis enredos.)

Doña INÉS y el conde CARLOS hablan aparte

INÉS: Ésas tres las faltas son
que me han dicho.
CARLOS: Pues mi ingenio
las inventó... (Esta fineza **Aparte**
deba el Marqués a mi pecho)
por vencerle y por vengarme
de vos; y ya que mi intento
conseguí, pues que la mano
me ofrecéis, y no la quiero,
como noble, restituyo
al Marqués lo que le debo.
Y para que a mis palabras
deis crédito verdadero,
baste por señas deciros
las tres faltas que le han puesto
y que ha sido una mujer
la que tales fingimientos
os dijo por orden mía.
INÉS: Es verdad. La vida os debo.
CARLOS: Pues dad al Marqués la mano.
Ya, Marqués, se ha satisfecho
doña Inés de que la invidia
os puso falsos defectos.
Yo defendí vuestra parte,
y fui vencido venciendo.
Dalde la mano; que yo bien
he mostrado que tengo
puesta en Blanca mi esperanza

con las colores y versos
y divisas de las cañas,
de la sortija y torneo.

BLANCA: Yo me confieso dichosa.

MARQUÉS: Sois mi amigo verdadero,
y vos mi esposa querida.

INÉS: Cuando os miro sin defetos,
¿cómo, Marqués, os querré,
si os adoraba con ellos?

OCHAVO: El examen de maridos
tiene, con tal casamiento,
dichoso fin, si el Senado
perdona al autor sus yerros.

FIN DE LA COMEDIA